

LA AMENAZA DE AK'TON

Glenn Parrish

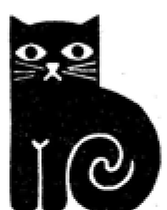
CIENCIA FICCION

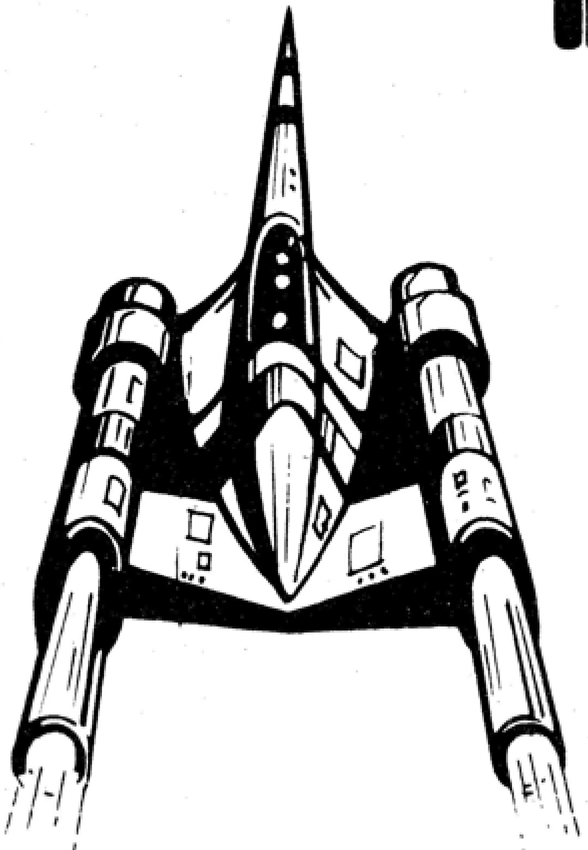


LA AMENAZA DE AK'TON

Glenn Parrish

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

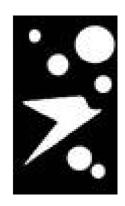
1. —Soldados del espacio, *A. Thorkent*.
2. —Encuentro con los niños-viejos,*Kelltom McIntire*.
3. —El burlador de la galaxia, *Joseph Berna*.
4. —Camino sin fin, *Clark Carrados*.
5. —Motín en el espacio, *A. Thorkent*.

1.

GLENN PARRISH

LA AMENAZA DE AK'TON

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n. º 588Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito Legal: B 28.277–1981

Impreso en España – Printed in Spain

1. ª edición: noviembre, 1981

así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, km 21,650) Barcelona – 1981

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba acuclillado a orillas del arroyo de aguas transparentes como el más puro cristal, con el arpón en la mano, esperando el momento de atravesar el pez al que le había echado el ojo hacía ya mucho rato. Sabía ser paciente.

Había aprendido a ser paciente. En realidad, se estaban cumpliendo sus más ardientes deseos. Shatto York vivía como un salvaje, en un planeta salvaje del que, hasta el momento, parecía el único habitante con inteligencia.

Sin dejar de vigilar los movimientos del pez, que no acababa de acercarse, York rememoró, una vez más, los acontecimientos que le habían llevado hasta aquel mundo solitario, por su propia voluntad. Y no se arrepentía de haber tomado aquella decisión casi dos años antes.

Era una vida enteramente distinta de la que había llevado hasta entonces. En la Tierra, todo estaba regulado al máximo. Casi no podía respirar sin que existiese una ley al respecto.

Aquí, en cambio, no había más que una sola ley: la ley de la supervivencia. Y aunque York había nacido en un mundo deshumanizado por una hipercivilización que había convertido la existencia en algo monstruosamente mecánico, había sabido sobrevivir y cada vez se sentía más y más adaptado a aquel género de vida.

Sí, había sido una acertada decisión, pensó. Recordaba muy bien el día en que se presentó a su jefe y le dijo que quería abandonar su puesto, bien retribuido, sumamente considerado y hasta de cierto rango, pero en el que, sin embargo, no dejaba de ser un diminuto engranaje más en aquella colosal maquinaria que era la civilización terrestre del siglo XXIII.

—York, usted está loco —le había dicho el tercer supervisor general de Cálculo de Materias Primas, departamento en el que York era cuarto supervisor—. ¿Por qué quiere hacer una cosa semejante?

York se lo explicó. El tercer supervisor no logró comprender sus razones, aunque dijo que apoyaría su petición sin reticencias.

—A fin de cuentas, si quiere suicidarse, es cosa suya.

La petición siguió un largo y tortuoso camino burocrático de ida y vuelta, pero fue aceptada. Con una condición: debería llevar un mínimo de equipaje. A York no le importó; habría ido desnudo, si hubiese hecho falta.

El equipaje fue realmente mínimo: las ropas puestas y un buen cuchillo de caza. Los que le dejaron en la superficie de aquel planeta desierto, le miraron como si estuviese demente.

—No durará una semana —vaticinaron.

Erraron el vaticinio. Casi habían pasado ya dos años y York se encontraba cada vez en mejores condiciones físicas.

Las primeras semanas, ciertamente, fueron duras, pero ya contaba con ello. Además, tenía la experiencia de otras personas que, real o fingidamente, habían pasado por situaciones similares. Había leído cantidad de libros sobre el tema *Robinson Crusoe*, sobre todo. Y conocía la literatura de los más famosos autores sobre temas similares y los que habían escrito aventuras que le habían cautivado desde la primera página: Verne, Jack London, Hermán Melville…

En aquellos dos años, se había construido un magnífico arco, con el que era capaz de atravesar una liebre a la carrera a treinta pasos de distancia. También había fabricado las flechas correspondientes y tenía dos cuchillos más, de obsidiana, y unos cuantos venablos cortos, además de un par de lanzas de dos metros y medio. Su piel, antes tan blanquecina como la de un pez muerto, tenía ahora un agradable color tostado.

Tiró las ropas apenas puso el pie en el planeta. Ahora vestía solamente un ceñidor, que le permitía una entera libertad de movimientos. El pelo, largo, le llegaba hasta los hombros. Lo único que no toleraba era la barba, pero había conseguido dar a su cuchillo el filo de una navaja de afeitar y se rasuraba periódicamente.

Aunque casi tenía treinta años cuando tomó la decisión, la vida dura, pero también agradable, había ensanchado sus hombros,

proporcionándole una musculatura que habría causado asombro en la Tierra, un mundo en donde los hombres se volvían cada vez más débiles y vulnerables. Era capaz de perseguir una presa durante horas enteras, sin sentir la menor señal de fatiga, y de trepar a los árboles más altos o de nadar decenas de kilómetros antes de pensar en tomarse un descanso.

«Ni Tarzán, vamos», se dijo sonriendo, mientras pensaba en una de sus lecturas favoritas.

No, no lamentaba haber tomado aquella decisión. En aquel planeta había vuelto a encontrarse a sí mismo. Ahora era el Hombre, con mayúscula, el dueño de la creación, el ser que era capaz de resolver las peores situaciones por sí mismo, sin necesidad de emplear una máquina para calcular el más mínimo paso. El pez se acercó, coleando perezosamente. Los músculos del brazo de York se tensaron. Un segundo más y, a la noche, disfrutaría comiendo pescado asado sobre las brasas...

Y entonces fue cuando el desastre se abatió sobre él.

* * *

York lo vio demasiado tarde. Algo asustó al pez, que huyó tras un seco coletazo. En el mismo momento, York sintió que algo oscurecía el sol. Levantó la cabeza y se quedó atónito al ver el disco metálico que descendía rápidamente hacia el suelo. Era una pequeña astronave, en forma de lenteja, aunque algo alargada, brillante, muy pulida y que parecía tener una longitud máxima de treinta metros y una anchura de veinticinco.

York sabía que aquel planeta estaba fuera de las espaciolíneas regulares. Sólo muy de tanto en tanto era inspeccionado por alguna patrulla, pero en dos años no había visto a .ningún miembro de dichas patrullas. Quizá llegaban ahora, aunque le extrañó que no intentasen comunicarse con él por medio de un altoparlante.

El aparato estaba ya a una docena de metros del suelo. Súbitamente, algo brotó de su vientre y se dirigió rectamente hacia el hombre.

Era un hilo metálico, muy brillante, de medio centímetro de grueso, que serpenteaba en el aire con leves ondulaciones. York se dio

cuenta de que el hilo le buscaba y trató de escapar, pero era ya tarde.

El cable le alcanzó en la espalda, a la altura del omóplato izquierdo. York sintió un vivo pinchazo y lanzó una interjección nada académica. Corrió una docena de pasos y, de pronto, notó que perdía las fuerzas.

Cayó lentamente sobre la hierba, todavía con el hilo de metal adherido a la espalda. Vagamente, se dio cuenta de que iba a perder el sentido.

«Esta noche… que tenía pescado asado para la cena…», pensó.

Sin embargo, no llegó a desvanecerse por completo. York se percató de que conservaba todos sus sentidos, pero no tenía fuerzas más que para respirar. ¿Quiénes le habían atacado?

¿Por qué?

Oyó pasos en las inmediaciones. Alguien se inclinó sobre él y, sin dificultad, le puso un ancho cinturón de metal. York, aterrado, vio una mano de color amarillo brillante… ¡con diez dedos!

El ser se alejó. A los pocos instantes York se sintió izado en el aire, merced a un cable atado al cinturón que le habían puesto. El cable a través del cual había llegado la descarga paralizante había sido despegado ya de su epidermis.

La brillante luz del planeta en que había vivido hasta entonces, se apagó al entrar en la nave. York se sentía muy aprensivo, aunque la furia por la captura dominaba a cualquier otro sentimiento. Pero, sin sufrir el menor dolor, estaba completamente paralizado.

El ser se le aproximó y le miró con ojos que parecían protegidos por unas semiesferas de vidrio anaranjado. Era un monstruo de una raza desconocida: dos metros de alto, quizá más, esquelético, con brazos que parecían ramas de árbol muy delgadas, y con el cráneo ovoideo completamente mondo. Salvo los ojos, no había otros rasgos fisonómicos en un rostro de absoluta lisura.

York se preguntó cómo se alimentaría aquel ser. La respiración parecía no ser problema, ya que no llevaba puesto traje de vacío. Por tanto, podía vivir en una atmósfera normal. Pero, ¿qué pretendía al capturarle?

York se sintió levantado sin dificultad y colocado a continuación en un blando sillón, al que fue sujeto por los veinte dedos de las dos manos de su captor. Este le miró con sus ojos

inexpresivos.

De repente, York vio que se abría un redondo orificio en la cara del extraño.

—No temas, no pretendo hacerte ningún daño. Te necesito —dijo.

York oyó su voz, pero lo curioso fue que no entendía sus palabras. Sin embargo, adivinó que eran traducidas por su propia mente.

«Telepatía inducida», pensó.

—¿Quién eres?

—Za’nnuk, *el Avanzado*.

—¿De dónde procedes? ¿Por qué me has capturado?

—Ya te lo he dicho: necesito de ti.

Za’nnuk ya no dijo más. Volvió la espalda a su prisionero y se sentó en lo que parecía puesto de pilotaje, delante y un poco a la izquierda de York y en un nivel inferior en medio metro. De este modo, York podía ver perfectamente el singular cuadro de mandos de la nave.

Los diez dedos de la mano derecha de Za’nnuk se apoyaron en sendos huevos. Luego empezó a moverlos muy suavemente, como si tocase las diez teclas de un piano y siempre las mismas. La nave arrancó a toda velocidad, pero, al mismo tiempo, con una suavidad infinita, sin que York percibiese el menor choque debido a la aceleración.

En pocos minutos, salieron al espacio. Una hora más tarde, York, con enorme asombro, vio que se acercaban a una gigantesca nave, cuyas dimensiones le abrumaron por su colosalismo. Al menos, pensó, medía cuatro kilómetros de largo por dos de ancho, sin que se atreviera a calcular su grosor, debido a que se acercaban verticalmente por debajo.

El aparato en que viajaba debía de ser un bote de exploración, supuso. Por encima de sus cabezas, se abrió una compuerta deslizante de dos hojas. Segundos más tarde, York se encontraba en el interior de la nave nodriza, sin que tuviera la menor idea del futuro que le había destinado *el Avanzado*.

CAPÍTULO II

Al terminar el viaje, York vio que se encontraba en una gran cámara, alumbrada por una débil fosforescencia verdosa. Za'nnuk se le acercó y le quitó las correas. Luego le pinchó con una diminuta aguja.

—Podrás mover las piernas, pero nada más —dijo—. Sígueme.

York se puso en pie, con los brazos a lo largo de los costados. Era horrible, se dijo, ver aparecer y desaparecer una boca, cada vez que su dueño necesitaba hablar.

—¿Adónde me llevas? —preguntó.

—Ya lo verás.

Salieron de la esclusa y subieron a una cinta transportadora, que se movía en absoluto silencio, a lo largo de un túnel muy bien iluminado, de unos cinco metros de sección. La cinta se inclinó hacia arriba cien metros después. Luego volvió a tomar la posición horizontal.

Un minuto más tarde, la cinta se paró, convirtiéndose en una plataforma de ascensor, que subió cosa de veinte metros. Siempre detrás del taciturno Za'nnuk, York caminó sin poder negarse a hacer otra cosa que no fuese mover las piernas. ¿Por qué diablos le necesitaba?, se preguntó una y otra vez.

De nuevo pasaron a una cinta deslizante. El túnel estaba muy bien iluminado, pero York no veía otros tripulantes de la nave gigante ni tampoco puertas o ventanas en las paredes. De súbito, Za'nnuk se detuvo y puso los diez dedos sobre un trozo de muro de metal. Entonces, se transparentó una puerta y *el Avanzado* se apartó a un lado.

—Entra. No temas, ya recibirás instrucciones. Repito que no quiero hacerte daño.

—Me haces daño ya, al traerme aquí contra mi voluntad —protestó el joven.

—Te libertaré, pero después de que hayas hecho lo que

necesito de ti. Entra.

York se dio cuenta de que no podía resistirse. La puerta se deslizó silenciosamente a un lado y cruzó el umbral. Cuando la puerta volvió a cerrarse, York se dio cuenta de que ya podía moverse con entera normalidad.

Y entonces vio que no estaba solo. Za'nnuk había capturado a otro prisionero antes que a él.

El otro prisionero era una mujer.

* * *

Ella estaba recostada sobre un cómodo diván y se puso en pie lentamente al verle. Durante unos momentos, los dos se contemplaron en silencio.

Era una mujer joven, de menos de veinticinco años, alta, de figura majestuosa y largos cabellos negros. Vestía tan poca ropa como el terrestre, aunque sí cubría sus senos con una banda de tela de color azul. También estaba descalza.

—Me llamo Shatto —dijo York.

—Soy la Veykond Nerea D'Hosphex —se presentó ella—. ¿Te capturó el ser de los veinte dedos?

—Sí. ¿A ti también?

La joven asintió.

—Llevo aquí tres semanas. Todavía no me ha dicho qué quiere de mí.

York paseó la mirada a su alrededor. La habitación era grande y espaciosa, con muebles muy cómodos. Ella señaló dos puertas sucesivamente.

—Dormitorio… Cuarto de baño…

York guardó silencio. Una cosa le extrañó, sobre todo: no había colores en los muebles, ni en las paredes ni en las telas de los tapizados. Todo tenía un uniforme tono gris, el exacto resultado de la mezcla del blanco puro y el negro absoluto, calculó York.

—A, mí tampoco me lo ha dicho, aunque ha asegurado que me necesita —contestó—. Perdona, pero no he oído bien tu nombre… Es demasiado largo…

—Soy la Veykond Nerea D'Hosphex —repitió la joven—. Veykond es la palabra que define mi cargo: jefe de Estado planetario. Puedes llamarme Nerea, simplemente.

York alzó las cejas.

—¿Eres jefe de Estado planetario? —se sorprendió.

—Sí, precisamente de Hosphex, por eso uso el nombre como apellido. Es la ley en mi planeta.

—Y con un rango tan elevado, pudo capturarte Za'nnuk…

—Es que no estaba en Hosphex, sino, seguramente, en el mismo planeta en que te hizo prisionero a ti. Su nombre, por si no lo sabías, es Rydhamol.

—¿Qué hacías en Rydhamol?

—Te parecerá extraño, pero me sentía cansada de mi puesto. Dimití y pedí que me dejaran una temporada de soledad. Me condujeron a Rydhamol y, a los pocos días, apareció la nave de Za'nnuk. ¿Qué hacías tú en Rydhamol?

York sonrió.

—Lo mismo que tú, aunque ya llevaba dos años. También estaba cansado de una civilización deshumanizadora y supercivilizada. Francamente, me encontraba muy bien. Pero ahora, este condenado Za'nnuk… ¿No tienes idea de lo que pretende de nosotros?

—En absoluto. Sin embargo, creo poder afirmar que no somos los únicos.

—¿Cómo?

—Entiéndeme —dijo Nerea—. Puede que seamos los únicos con nuestra figura, pero hay más prisioneros, no sé si de otras razas terrestres o simplemente animales de cuya existencia no teníamos la menor idea. A veces, conversamos Za'nnuk y yo y ha dejado entender que tiene otros prisioneros.

—Es fantástico —dijo York, sinceramente asombrado—. Y, ¿para qué quiere tanta gente? O tantos animales, lo mismo da.

—No lo sé aún. La última vez que hablé con él, dijo que debía aguardar a su próxima captura y entonces recibiría instrucciones.

—Entonces, puede que ya tardemos poco tiempo en enterarnos qué hacemos aquí, ¿no es cierto?

—Eso espero —contestó Nerea.

Después, hubo una corta pausa. York se dedicó a examinar el interior de la estancia, grande, cómoda, con trozos de suelo blando y mullido, además de varios sillones y un enorme diván. Pasó al baño y lo vio sobriamente decorado, pero funcional.

El dormitorio tenía como muebles solamente algunos cojines. El lecho era un desnivel del suelo, de unos tres metros de ancho por algo más de dos de longitud, asimismo blando y agradable al contacto. Pero, observó preocupadamente, todo era de color gris, sin la menor nota de otros tonos de la escala cromática.

Al terminar, volvió junto a Nerea.

—Perdona la pregunta, pero... creo que es lógica en nuestras circunstancias. ¿Cómo te alimentas?

Ella sonrió.

—Ahora lo verás —repuso.

Se acercó a la pared y alargó las manos hacia una gran bandeja, que acababa de aparecer inesperadamente. Asombrado, York vio trozos de carne asada, pan, verduras, fruta y una botella con vino. También había una jarra de metal tapada, que contenía café caliente, según apreció instantes después. No faltaban las servilletas ni los cubiertos.

—Si quieres agua, tendrás que beber en el lavabo —dijo Nerea, a la vez que colocaba la bandeja sobre una mesa.

—Se me ocurre otra pregunta —manifestó York de buen humor, a la vista de la comida, más que suficiente para dos personas —. ¿Quién lava después los platos?

Nerea se echó a reír.

—Eso no me preocupa —contestó—. Dentro de una hora, se abrirá la misma ranura, Pondré allí la bandeja... y Za'nnuk se encargará de lo demás.

* * *

Al terminar de comer, York se reclinó en un sillón.

—Bien, Nerea —dijo—. ¿Te parece que hablemos de nosotros mismos?

—No tengo inconveniente. ¿Por dónde empezamos, Shatto?

No hubo ocasión de iniciar la conversación. Un trozo de la pared se iluminó de pronto y el rostro de Za'nnuk se hizo visible.

—Deseo hablar —dijo.

La pantalla no era muy grande, apenas un metro de lado. Za'nnuk aparecía en un lugar en el que no se apreciaba el menor detalle, como si detrás de él hubiese situado un telón gris. Sin embargo, cada vez que pronunciaba una palabra, se producía un extraño fenómeno.

Al emitir sonidos, aparecían círculos de colores en su boca, que se ensanchaban gradualmente hacia los bordes de la pantalla, como las ondulaciones producidas por la caída de una piedra en un estanque de aguas tranquilas. Contrariamente a todo lo visto hasta entonces, aquellos círculos eran de todos los colores del arco iris. York pensó si no sería una significación gráfica de las distintas entonaciones de cada sílaba.

—Te escuchamos —dijo.

—Yo soy Za'nnuk *el Avanzado* —repitió aquel ser—. Esto significa que voy delante de todos mis congéneres, para explorar determinado sector de la Galaxia y extraer... conclusiones que, por el momento, no os importan. Ahora bien, hay ciertos aspectos en mis exploraciones, que no se concluyen solamente con la captura de determinados ejemplares de especies vivientes.

—Eso quiere decir que no somos los únicos a bordo.

—En efecto. Tengo más prisioneros —admitió Za'nnuk.

—Te lo dije, Shatto —bisbiseó Nerea.

York asintió.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Millares. Todos por parejas, aunque hay casos en que la propagación de la especie necesita tres o más ejemplares.

—¡Demonios! —respingó el joven—. ¿Tienes miles de prisioneros?

—Así es, pero, tras los suficientes estudios, he llegado a la conclusión de que sólo vosotros dos resultáis verdaderamente interesantes para mí y mi raza.

—¿En qué sentido?

—Eso no te lo puedo decir por ahora. Sin embargo, mi estudio no ha terminado todavía. Necesito saber...

—¿Qué? —preguntó Nerea ansiosamente.

—Todo ser viviente, animal o vegetal, inteligente o no, necesita reproducirse. Es una ley de herencia, que nadie elude porque lo dispone la misma naturaleza. Sin embargo, yo desconozco vuestra forma de reproducción. Por tanto, debéis aparearos y tener un hijo o los que puedan nacer después de cada apareamiento.

York se quedó atónito al oír aquellas palabras.

—¿Ella y yo... debemos...?

—Sí —confirmó Za'nnuk. Y el círculo que brotó de su boca al pronunciar la afirmación era de color rojo intenso.

—¿Y si no queremos hacerlo? —exclamó Nerea.

—Debéis hacerlo. Es mi orden.

—Za'nnuk, perdona que formule una objeción —dijo el joven —. En nuestra especie es normal que el apareamiento no se realice sin antes un conocimiento previo de la pareja que desea reproducirse. Hablo en términos generales, claro, pero eso que he dicho suele ser la norma común. Nerea y yo apenas nos conocemos y no sentimos el menor deseo de unirnos, para reproducirnos en un ejemplar de nuestra especie.

—Digo lo mismo que Shatto —exclamó la joven firmemente.

—Os he dado una orden... Tengo que estudiaros. Ya conozco muchos detalles de vuestra anatomía, de vuestras mentes. Me falta, sin embargo, ese importante detalle. Es necesario que yo vea cómo se realiza vuestra unión y cómo nace vuestra descendencia. No declararé

los motivos, porque no os interesan en absoluto, pero… debéis hacerlo.

Abundaban los círculos rojos en la pantalla, color que York interpretó como de cólera. Pero no se arredró.

—Olvidas una cosa, Za'nnuk —dijo sin inmutarse—. Una unión normal entre dos seres de nuestra especie no se realiza sin consentimiento recíproco, y mucho menos con espectadores, como tú pareces desear se realice. Por tanto, nos negamos a cumplir esa orden. ¿No es así, Nerea?

—En efecto —concordó la muchacha.

Za'nnuk no dio muestras de enojo. Los círculos que brotaron de su boca eran mayoritariamente de color verde suave.

—El tiempo acabará por obligaros a cumplir mi orden —dijo —. Y yo no tengo ninguna prisa… porque dispongo de todo el tiempo que desee.

York se estremeció al oír aquellas palabras.

—Significa que vamos a ser tus prisioneros durante…

—Todo el tiempo necesario para mis proyectos.

—Es decir, sólo nos necesitas a Nerea y a mí.

—Exacto.

—Entonces, ¿qué harás con los otros cautivos?

—Lo que no sirve, se desecha —contestó Za'nnuk, fríamente.

La pantalla se apagó. York y Nerea quedaron solos, enfrentados con un destino que tenía todo menos de agradable.

* * *

Al cabo de unos momentos, York se volvió hacia la joven.

—¿Qué opinas, Nerea? —consultó.

—Si quieres que te sea sincera, esto no me gusta en absoluto.

—Lo mismo me pasa a mí. Hablando sinceramente, eres muy

hermosa y tienes un gran atractivo físico… pero no me gustaría unirme a ti sólo porque lo ordene otra persona, por mucho poder que pueda tener.

—Estamos de acuerdo, pero… ¿has oído lo que ha dicho? Tiene todo el tiempo del mundo… y cuando un hombre y una mujer llevan demasiado tiempo juntos, acaba sucediendo lo inevitable —dijo Nerea, encarnada hasta la raíz del pelo.

—En eso estoy de acuerdo, pero no me gustaría que alguien me estuviese espiando mientras… ¡Caramba, no soy un cobaya, aunque Za'nnuk se haya empeñado en tomarme como un animal de experimentación!

Desanimada, Nerea se sentó.

—Me pregunto cómo podríamos salir de aquí —dijo—. Y, ¿qué hará Za'nnuk después? imagínate que cedemos y concibo un hijo y nace… ¿Qué suerte correrá? ¿Lo tendrá también como material de estudio? ¿Nos «desechará» una vez terminado este ciclo de nuestras vidas?

—Es horrible, en efecto —Convino él—. Si hemos de tomar en serio sus palabras, al «desechar» a los otros prisioneros, ha condenado a la muerte a millares de seres vivos, inteligentes o no.

—Por tanto, tendríamos que buscar la ocasión de escaparnos de aquí, Shatto.

York miró fijamente a la joven y asintió.

—Sí, hemos de buscar la mejor forma de salir de este encierro.

Pero no se le ocurría por el momento ninguna idea viable que pudiera conducirles a la libertad.

CAPÍTULO III

Al llegar la noche, cosa que supieron porque vieron que se atenuaban las luces hasta extinguirse casi totalmente, decidieron descansar.

—Yo dormiré en el sofá —dijo York.

Nerea no objetó la decisión del joven. Ella fue al dormitorio y York se tumbó en el diván. Cerró los ojos y se esforzó por conciliar el sueño.

Cuando ya se dormía, notó un suave contacto en la frente.

Abrió un poco los ojos. Algo había descendido del techo, adhiriéndose a la piel de su frente. Era un hilo flexible, semejante al que le había causado la paralización en el momento de la captura. Pero no sintió el menor pinchazo.

Lentamente, se hundió en las profundidades del sueño. Pero no fue una inconsciencia total.

En cierto modo, estaba despierto. No sentía el menor dolor, ni siquiera nerviosismo o excitación, pero le parecía que una fuerza poderosísima succionaba su mente, extrayéndole todos los conocimientos adquiridos hasta entonces. Con fulgurante velocidad, pasaron ante su imaginación hechos de su vida: infancia, adolescencia, relaciones con sus padres y amigos, algunas experiencias sexuales, estudios, trabajo…

Le vaciaban la mente, pensó, pero se sentía impotente para evitarlo.

Al final, sin saber cómo, se durmió.

Cuando se hizo la luz, despertó. Fue al baño y se miró ante el espejo. Sobre la frente tenía una pequeña marca circular, de color rojo, aunque parecía perder intensidad con cierta rapidez.

«¿Qué diablos ha estado haciendo conmigo ese bastardo?», se enfureció.

Nerea apareció en aquel momento. También tenía una marca roja en la frente.

—Sospecho que Za'nnuk nos está estudiando a fondo —dijo él —. Por el momento, sólo nos extrae recuerdos de nuestra vida pasada. Naturalmente, ahora necesita vernos actuar en el presente. ¿No opinas tú así?

Ella hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí, en una noche, calculo, ha sabido quiénes éramos y qué hicimos desde nuestro nacimiento. Me pregunto por qué... pero él no lo quiere decir...

—No será para nada bueno —gruñó York—. Y, si me permites una observación, te diré que debiéramos hacer todo lo posible por fugarnos.

—¿Cómo, Shatto?

—¿Tardará mucho el desayuno?

—Unos quince minutos, después de que se enciende la luz por las «mañanas».

En aquel lugar, no había otro medio de saber cuándo era de día o de noche. York movió la cabeza afirmativamente.

—Aséate primero. Hablaremos después del desayuno —dijo.

Fue a la puerta del baño y se volvió desde el umbral, golpeando algo con la mano derecha.

—Za'nnuk quiere observarnos en nuestra propia «salsa». Por eso no se molestó en quitarme el cuchillo —dijo sonriendo.

* * *

—Es lo único que me llevé de la Tierra, cuando decidí instalarme en Rydhamol —explicó el joven, tras un confortante desayuno—. Con este cuchillo lo hice todo y sobreviví a pruebas muy duras. También lo usaré ahora, para conseguir la libertad.

—Za'nnuk es muy poderoso —alegó Nerea.

—No tanto como creemos —contradijo él—. Es cierto que tiene armas potentes y que puede paralizarnos físicamente, como ya lo ha hecho en el momento de la captura, pero también tiene sus limitaciones.

—Su poder mental...

—Necesita de una especie de «amplificador» mecánico, sea de la clase que sea —York se tocó la frente—. Esta es la mejor prueba, Nerea. Puede tener la suficiente potencia mental para traducir los sonidos de sus palabras en el interior de nuestro cerebro. Pero no es capaz de obligarnos a hacer nada sólo con la fuerza de su mente. O ya nos habríamos... apareado.

Ella se puso encarnada.

—Eso es cierto —admitió.

—De momento, nos ha ordenado que realicemos la unión sexual. Pero no hemos obedecido. Y no creo que se muestre reticente a usar sus poderes; si de veras pudiera mandarnos sólo con la mente, ya estaríamos obedeciéndole sin rechistar.

—O sea, es, en cierto modo, tan vulnerable como nosotros.

—Sí. También en la Tierra se puede obligar a una persona a hacer lo que le ordenemos, mediante drogas hipnóticas. Se han conseguido notables progresos en parapsicología, pero si no es por mediación de un agente externo, resulta muy raro conseguir que una persona obedezca nuestros mandatos. Algunos hipnotizadores lo consiguen, es cierto, pero por breves períodos de tiempo.

—A Za’nnuk le sobra —recordó Nerea.

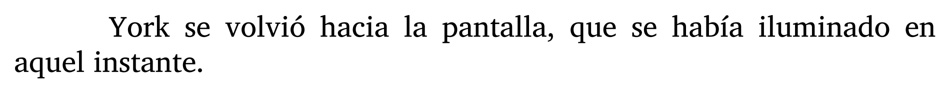
—Nosotros somos tan inteligentes como él. En cuanto a mí, tengo dos años de experiencia de vida en las más difíciles condiciones. Za’nnuk, en mi opinión, depende demasiado de las máquinas.

—Entonces, ¿tienes algún plan?

York se levantó y fue hacia el muro en que se hallaba la puerta, invisible por el momento. Sacó el cuchillo y empezó a tantear el metal con el pomo.

La voz de Za’nnuk se dejó oír repentinamente. .

—¿Deseáis algo de mí?



York se volvió hacia la pantalla, que se había iluminado en aquel instante.

—Oh, no, no, en absoluto. Tenemos todo lo que necesitamos —contestó amablemente.

—Entonces, dejadme descansar. Me encuentro muy fatigado. He trabajado mucho últimamente.

—Yo creí que eras una especie de superhombre, inaccesible a la fatiga…

—Aunque con distinta figura a la tuya, también tengo mis necesidades físicas. Una de ellas es el descanso, ¿comprendes?

—Claro, claro. Y si vives tanto tiempo como dices…

—Yo no he dicho nada semejante.

—Dijiste que tenías todo el tiempo del mundo. Eso sólo sucede en personas que pueden vivir mucho más que los otros seres del universo.

—Bueno, claro, ahí sí tienes razón. Pero yo no tengo por qué darte detalles sobre mi constitución física, sino todo lo contrario.

—Está bien, perdona, no quise enojarte. Sólo que como dices que puedes vivir tanto tiempo… Seguramente, tus períodos de descanso, y más cuando te sientes tan fatigado, serán mucho más largos que los nuestros.

—Oh, cinco o seis veces más, desde luego.

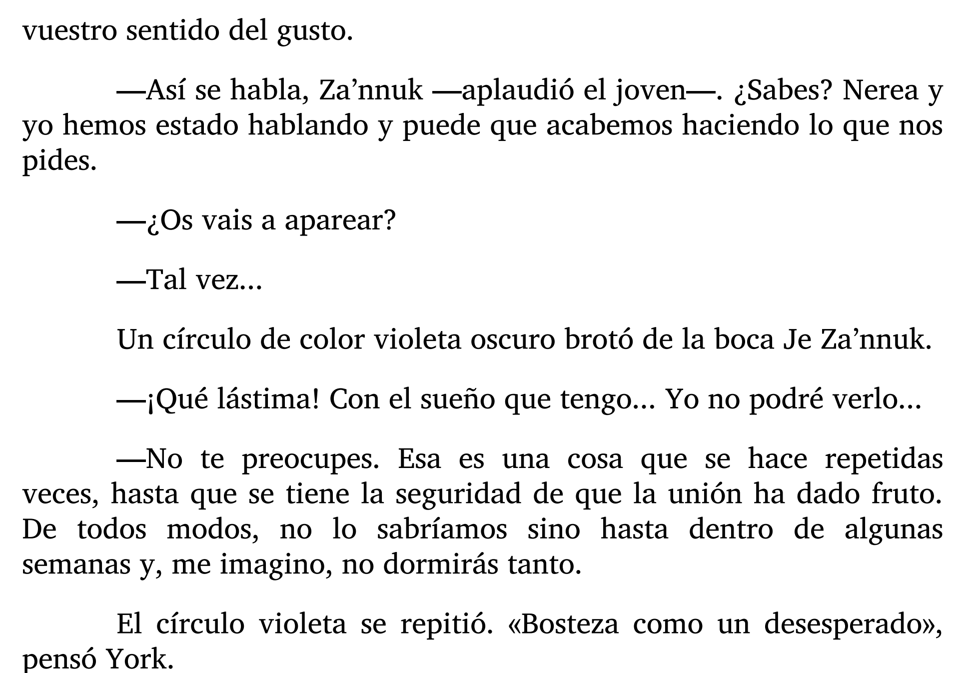
—¡Qué maravilla, si los terrestres pudiéramos dormir cuarenta o cincuenta horas de un tirón! Te envidio, sinceramente.

Un círculo blanco, levemente azulado, brotó de la boca de Za'nnuk. El joven lo interpretó de placer, por las halagadoras frases que le dirigía.

—Algo hemos de tener nosotros, los Superiores. Y yo, sobre todo, puesto que soy un *Avanzado* —contestó Za'nnuk.

—Muy cierto. Entonces, descansa sin temor. No volveremos a molestarte y…

—Vosotros tampoco tendréis preocupaciones. La máquina os dará de comer a las horas establecidas. La he programado para que elabore manjares variados, a fin de no fatigar innecesariamente



vuestro sentido del gusto.

—Así se habla, Za'nnuk —aplaudió el joven—. ¿Sabes? Nerea y yo hemos estado hablando y puede que acabemos haciendo lo que nos pides.

—¿Os vais a aparear?

—Tal vez...

Un círculo de color violeta oscuro brotó de la boca Je Za'nnuk.

—¡Qué lástima! Con el sueño que tengo... Yo no podré verlo...

—No te preocupes. Esa es una cosa que se hace repetidas veces, hasta que se tiene la seguridad de que la unión ha dado fruto. De todos modos, no lo sabríamos sino hasta dentro de algunas semanas y, me imagino, no dormirás tanto.

El círculo violeta se repitió. «Bosteza como un desesperado», pensó York.

—No... no dormiré tanto... —contestó Za'nnuk con voz casi ininteligible.

York se acercó y puso la mano en la pantalla.

—Felices sueños, amigo mío —dijo

Un círculo grisáceo brotó de la boca de Za'nnuk, extendiéndose hasta cubrir todo el vidrio esmerilado. Entonces, el rostro del *Avanzado* dejó de verse.

York, sin embargo, seguía manteniendo la mano apoyada en la pared.

—Ven, Nerea —susurró.

La joven acudió.

—Pon la mano aquí —indicó él.

Ella obedeció. York tuvo así un punto de referencia, para medir la distancia de la pantalla al suelo, por medio de cuartas, con el pulgar y el meñique de la mano extendidos.

Había algo más de seis cuartas.

—Metro y medio —calculó—. Suficiente, Nerea.

Ella se retiró, puso las manos en los costados, le miro indignada.

—Y ahora, ¿quieres explicarme de dónde te ha venido la estúpida idea de que, mientras esa bestia duerme, tú y yo vamos a hacer lo necesario para tener un hijo?

* * *

Sin inmutarse, York agarró a la muchacha por un brazo y la condujo al diván, sentándose a su lado.

—Será mejor que te calmes un poco —aconsejó—. Debieras usar la cabeza un poco más, Veykond Nerea D'Hosphex. Za'nnuk, con figura distinta, no es mucho más que nosotros. Inteligente, no deja de ser sensible al halago y a la adulación. Y, sobre todo, siente la necesidad física del sueño y mucho más acusadamente que nosotros.

Ella abrió los ojos.

—Quieres decir que...

—Simplemente, he tratado de calmar sus posibles aprensiones, a la vez que daba a entender su innegable superioridad. Para que una persona duerma bien, no hay más que dos procedimientos: un porrazo en la cabeza o la adulación y el «qué guapo eres, qué bien haces todo, nadie como tú, eres el único...» y cosas así. ¿Lo entiendes ahora?

Nerea sonrió.

—Eres astuto —dijo.

—He nacido en la Tierra, un mundo excelente, donde, sin embargo, han existido maestros de la astucia infinitamente mejores que yo. Pero todo se puede aprender en este mundo, incluso llegar a saber que ciertas razas superiores no lo son mucho más que nosotros.

—La raza de Za'nnuk es enormemente poderosa —Nerea movió la mano en semicírculo—. Basta contemplar esta gigantesca nave, para darse cuenta de lo que son capaces.

—Sí, pero insisto, tienen sus limitaciones. Y también cometen errores.

—¿Por ejemplo?

—Uno, el más importante de todos, el que más nos favorece. Za'nnuk está solo a bordo de este monstruo del espacio. Sin duda, sus jefes pensaron que él podía realizar todas las tareas de a bordo, aunque es lógico suponer que equiparon la nave adecuadamente. Pero, salvo tú y yo, ahora no quedan más seres vivos a bordo.

Nerea sintió un escalofrío.

—«Desechó» a miles de prisioneros, sólo porque no le servían —murmuró—. ¿Quién sabe si había más seres como nosotros?

—No. Pienso que sólo estábamos tú y yo, pertenecientes a esta raza inteligente. Pero eso no es obstáculo para que piense en la matanza que se ha cometido, tal vez con muchos otros seres inteligentes que no tenían nuestra figura. Sin contar los animales muertos estúpida y despiadadamente, para el progreso de la ciencia del mundo de Za'nnuk.

—Ya no podemos evitarlo —dijo la joven—. Ahora debemos pensar en nosotros. ¿Has ideado algún plan de fuga?

York volvió los ojos hacia el lugar donde aparecía la pantalla, a través de la cual se comunicaban con Za'nnuk.

—Sí, lo he ideado… pero aguardaremos unas horas, a fin de estar seguros de que se ha dormido a fondo —contestó.

* * *

—Entonces, tú también te cansaste de aquella vida —dijo York, mientras mordisqueaba unos granos de uva, del postre que les había sido servido con la comida del mediodía.

—Oh, sí. Era una vida rigurosamente reglamentada, basada en un protocolo férreo, que preveía ceremonias hasta para los menores actos cotidianos. Las ventajas que se pueden conseguir con el rango de Veykond no compensan en absoluto la tiránica sujeción de ese protocolo.

—El cargo, ¿es hereditario o electivo?

—Hereditario. Mi padre lo dejó por ley, al cumplir los cincuenta años. Yo hubiera tenido que hacer lo mismo, pero me vi incapaz de soportar un cuarto de siglo en semejantes condiciones.



Además, había otro obstáculo —añadió la muchacha.

—¿Grave?

—El... lo que vosotros llamaríais Parlamento me eligió un esposo. Es la ley y yo debía aceptarlo. Sucede que no me gustaba en absoluto y no me veía capaz de amarle algún día Así que anuncié mi dimisión.

—Me extraña que te la aceptaran —dijo York—, Con tantas leyes...

—¡Ya lo creo que cedieron! —sonrió Nerea—. Les amenacé con saltarme el protocolo, con salir a la calle desnuda, dije que me emborracharía en público, que me prostituiría..! No podían impedírmelo; un Veykond puede hacer lo que quiera, siempre que no perjudique a un tercero. Yo no podría despojar de un solo céntimo a nadie, pero sí tener un comportamiento indigno de mi rango. Hubiera sido un escándalo y ellos lo sabían, así que admitieron mi dimisión.

—Abdicación, es la palabra exacta —puntualizó el joven.

—Lo mismo da. Pero entonces dijeron que tendrían que desterrarme, para que mi presencia no ofendiera a las gentes de orden. A ellos, hay que decirlo así, y como estaba dispuesta a todo, pedí que me enviasen a Rydhamol. Al cabo de un tiempo, apareció Za'nnuk y... ¿Por qué no me cuentas algo de tu vida, Shatto?

York volvió los ojos hacia el muro donde aparecía la pantalla.

—Luego —dijo en voz baja—. Ahora creo que ha llegado el momento de actuar. Za'nnuk debe de estar dormido como un tronco y si está lo fatigado que me imagino, no lo despertaría ni un cañonazo disparado junto a la oreja.

—¿Qué oreja? —preguntó Nerea burlonamente, porque en el mondo cráneo de Za'nnuk no se advertían orificios auditivos.

—De alguna manera, percibe los sonidos, aunque no creo que ahora oiga nada.

York se acercó a la pared, cuya altura había tomado previamente, y la midió por el mismo procedimiento. Sacó el cuchillo y presionó con la punta, viendo que aparecía una raya que rompía la lisura de la gris superficie. Entonces, trazó otra en sentido transversal y obtuvo una gran equis.

—¡Aquí! —dijo resueltamente.

CAPÍTULO IV

La pared, sin embargo, parecía demasiado sólida para poder romperla con el cuchillo. Después de reflexionar unos instantes, York envainó el acero y agarrando un sillón, lo levantó sobre su cabeza.

—Apártate, Nerea.

La muchacha se retiró. York caminó retrocediendo hasta la pared opuesta. Tomó carrerilla y, a tres metros de la pared, lanzó el mueble con todas sus fuerzas.

El desarrollo físico adquirido durante dos años de vida salvaje dio sus frutos. Con gran estrépito, la pantalla estalló y los vidrios —«o lo que sean», pensó él—, saltaron por todas partes, dejando a la vista un hueco de casi un metro de lado, y cuya profundidad no se podía calcular por el momento.

—Lo has conseguido —palmoteo la joven.

—Aún no, pero el primer paso está dado —repuso York.

Acercándose al hueco, empezó a limpiarlo de estorbos: conexiones rotas y circuitos destrozados, a fin de evitar herirse cuando pasaran por el interior del túnel. La tarea le llevó algunos minutos, durante los cuales temió la aparición del *Avanzado*, cosa que, por fortuna, no llegó a producirse.

Finalmente, llegó al final del hueco, a unos tres metros de la abertura. Allí tropezó con una placa metálica que, en principio, resistió todos sus esfuerzos.

—¿No se puede? —preguntó Nerea ansiosamente.

York estudió el obstáculo. Si había tornillos o algo parecido, estaban en el exterior. Por la parte de adentro no se veía nada que pudiera ayudarle a romper aquel trozo de pared. Entonces, retrocedió y saltó nuevamente al suelo de 1a estancia.

—Voy a intentarlo de otro modo —dijo.

Sacó el cuchillo y empezó a desguazar uno de los sillones

quedándose al fin con una pata forrada de tela. La pata era de metal, y aunque ligera, bastante gruesa. Era la única herramienta de que disponía y si con ella fallaba, empezaría a pensar que sus esfuerzos habían resultado inútiles.

Sorprendentemente, la tapa de metal salló al primer golpe.

—¡Espléndido! —gritó—. ¡Ven, Nerea!

La joven no se hizo de rogar. Tras cruzar el túnel, se encontraron en un pasillo, que les resultó conocido.

—Vinimos por aquí. Es decir, si tú seguiste el mismo camino —dijo ella.

—Sí, Za'nnuk es un poco rutinario. Vamos.

York recordaba perfectamente la ruta seguida después de su captura. Mientras era conducido por *el Avanzado*, se había fijado en los menores detalles, dispuesto a intentar 1a evasión en el momento en que le fuera posible. Así pudo caminar sin errores, hasta llegar a la esclusa donde se hallaba el aparato que les había sacado de la superficie de Rydhamol. York sonrió satisfecho, a la vez que daba una palmada a la pulida superficie de la nave.

—Bueno, lo hemos conseguido —dijo.

—¿Sabrás pilotarlo? —dudó ella.

—Descuida. Por lo menos, puedo asegurártelo, llegaremos indemnes a la superficie de Rydhamol. ¡Entra!

Pero Nerea vacilaba. Extrañado, York se volvió hacia ella.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres venir?

—Sí, pero... Me pregunto si deberíamos destruir la nave nodriza...

—Desconocemos su manejo. No sabemos cómo llegar al puesto de mando central. Además, correríamos el riesgo de despertar a Za'nnuk. Ya me gustaría, pero intentarlo podría resultar más peligroso aún que nuestra evasión. Anda, vamos.

Nerea cedió al fin y se sentó en el mismo sillón que había ocupado el joven a la ida. Por su parte, York ocupó el puesto del piloto, y. tal como había visto hacer a Za'nnuk, apoyó las yemas de los diez dedos en los huecos correspondientes.

—A él le resultaba fácil guiar con una mano —dijo—. En cambio, yo no puedo hacer otra cosa… Está bien, Rydhamol, volvemos a ti.

Hizo presión y la escotilla se cerró, en el mismo instante fue se abría la compuerta exterior y la nave salía disparada al espacio, con tremendo ímpetu.

* * *

Nerea gritó ante una arrancada tan brusca. El aparato se encabritó y durante unos momentos, bailó en el vacío como un corcho en un mar tempestuoso. York se encontró inesperadamente cabeza abajo, colgando de las correas de sujeción, con las manos fuera de los contactos de control.

—Demonios, esto no es tan fácil como parecía —gruñó.

Hizo un esfuerzo, estiró los brazos y consiguió el contacto de nuevo.

—¡Aguanta, Nerea! —gritó.

La nave volteó y recobró su posición normal, aunque seguía un curso completamente errático. De pronto, Nerea lanzó un agudo chillido.

—¡Nos estrellamos!

A través de las lucernas de la proa, York divisó la figura de la nave nodriza, que se agigantaba con vertiginosa rapidez. Desesperado, hizo más presión con la mano izquierda, y el bote se desvió casi en ángulo recto, pasando a pocos metros del gigantesco casco.

—Me parece que ya empiezo a encontrar el truco —dijo.

Durante unos minutos, se dedicó a realizar diversas maniobras en el espacio, presionando con distintos dedos, aunque sin retirar ninguno de los huecos. Así logró saber cómo se podía tomar un rumbo determinado y aumentar o disminuir la velocidad.

Al cabo de un rato, consiguió dominar el aparato. Entonces lo orientó hacia el globo azulado que se veía allá abajo reluciendo en la negrura del espacio como una joya.

—¿Cómo te sientes, Nerea?

—Juraría que los pelos vuelven a ocupar su posición normal ¡Pero los tuve de punta mucho rato! —contestó tan alegremente.

—Eres una chica magnífica, Veykond Nerea D'Hosphex —dijo él—. De modo que querían casarte con alguien que te gustaba.

—Sí, desde luego. Pero no quise.

—Fue una decisión acertada. No lo lamentes jamás.

Poco a poco, fueron acercándose al planeta. Ahora, Ya dominaba bien la nave y, en el momento adecuado, redujo velocidad. Cuatro horas más tarde, aterrizaban en la superficie de Rydhamol.

Minutos después. York saltaba al suelo.

—Bienvenida al hogar —exclamó—. Si es que te gusta este paraje y no te desagrada mi compañía.

Nerea le miró penetrantemente.

—Nunca pensé que estaría sola —respondió—. Desde primer momento, supe que encontraría compañía. Pero todavía no me siento lo suficientemente dispuesta para… Tú ya entiendes, ¿verdad, Shatto?

York asintió, comprensivo.

—No te pediré nada que no quieras hacer por tu propia voluntad —dijo—. Estableceremos un campamento fijo, nos dedicaremos a la caza y a la pesca y…

Nerea señaló el aparato.

—En todo caso, tendríamos que alejarnos de aquí, para evitar que Za'nnuk pueda localizarnos —dijo.

—Había pensado en ello —contestó él—. Y voy a resolver ese problema antes que ningún otro.

Sacó el cuchillo y se puso a trabajar.

Dos horas más tarde, había construido una especie de mano de diez dedos, entrelazados por medio de fibras vegetales, que Nerea había ido reuniendo, bajo sus indicaciones. Cuando terminó, se entregó a la tarea de fabricar una cuerda larga y delgada.

El trabajo concluyó poco antes de anochecer. York colocó los

diez palitos sobre cada alvéolo. Su escaso peso impedía que el contacto produjese reacciones en el aparato,

Luego puso una especie de caballete rústico, que había construido, un poco más adelante de los palitos. El caballete sostenía una piedra de regulares dimensiones, a la cual estaba atada la cuerda larga.

Con ella en la mano, retrocedió lentamente hacia la escotilla. Saltó al suelo y se retiró unos pasos.

—Prepárate, Nerea —dijo.

Tomó aire y de pronto, dio un tirón.

La piedra cayó sobre el artilugio y los diez palitos ejercieron la presión de contacto. Pareció como si la nave saliese disparada por el cañón de un obús gigantesco. En menos de diez segundos, la perdieron de vista en las alturas.

—¡Bravo! —gritó ella jubilosamente—. Ha sido una hazaña magnífica, Shatto.

—Soy un chico listo —contestó él, guiñándole un ojo.

Luego miró a su alrededor.

—Pasaremos aquí la noche. Mañana empezaremos a buscar un lugar para establecer un campamento definitivo.

—Sin embargo, pienso que debería ser en un lugar alejado de éste —sugirió Nerea.

—No hay inconveniente —accedió él.

Pasada la medianoche, despertó, presa de un indefinible sentimiento de aprensión. Levantó la vista y contempló las estrellas, tan distintas en sus formaciones a las que veía desde la Tierra. De repente, algo brilló en las alturas con un vivísimo fogonazo blanco.

Fue un destello de pocos segundos de duración, aunque de gran intensidad. La oscuridad volvió muy pronto.

York estuvo pensando unos momentos en el origen de aquel extraño resplandor, hasta que creyó haber dado con la solución.

—Za’nnuk, menudo despertar —sonrió.

Y volvió a dormirse.

* * *

Encontraron frutos silvestres por la mañana y ello les sirvió de desayuno. Luego emprendieron la marcha, en busca de un lugar en el que establecerse definitivamente.

—Entonces, no piensas volver a la Tierra —dijo ella

—Mientras pueda, no —contestó York firmemente.

—¿Tan mal lo pasabas allí?

—Según se mire… No me faltaba de nada, tenía un magnífico salario, un alojamiento confortable, todas las necesidades cubiertas… Pero me ahogaba en aquella vida rutinaria y programada hasta el último detalle. No, no me arrepiento de haber tomado la decisión de venir aquí.

Mientras caminaban, York le explicó su vida. Nerea se mostró conforme con la decisión adoptada por el joven

—Demasiada civilización, como en Hosphex —convino— Así no se puede vivir aunque, paradójicamente, la vida resulte más sencilla.

—El hombre ha perdido el sentido de la competencia —se lamentó York—. Ya no tiene ánimos para luchar por nada; todo se lo dan hecho y no siente ambición por conseguir algo que le saque de su monótona existencia. Lo único que les interesa ahora es vivir, con un mínimo de esfuerzo y sin preocuparse por el mañana.

—Estás pintándome un planeta en decadencia, Shatto. ¿Sabes qué sucede con lo decadente, ya sea un país, un grupo de personas o un planeta?

—Sí; viene otro más fuerte y se lo engulle en un par de bocados.

—A nosotros nos sucederá también algún día —dijo ella tristemente—. Con mi rebeldía, yo quise forzar la situación un poco, dar el primer paso para que la gente de Hosphex empiece a reaccionar. No me hicieron caso.

—Tampoco debes lamentarlo. Tú te has salvado y eso sí que importa mucho.

Nerea sonrió.

—Me siento contenta de estar a tu lado —dijo, a la vez que buscaba su mano.

Con las manos unidas, caminaron hacia un futuro que esperaban fuese de felicidad inacabable.

Pero no sabían que el camino que seguían estaba sembrado de obstáculos.

CAPÍTULO V

Al cuarto día de marcha, York vio algo que le hizo lanzar un grito de júbilo.

—¡Mi campamento!

Echó a correr. Todo estaba en orden: el arco, las flechas, los venablos, las armas de obsidiana, incluso algunas provisiones de repuesto y, desde luego, el pedernal y la yesca con que encendía el fuego.

En dos años, había construido una rústica cabaña que proporcionaba cobijo suficiente contra las inclemencias del tiempo. Mirando la cabaña, meneó la cabeza y dijo:

—Tendremos que mejorarla considerablemente, aunque disponemos de todo el tiempo del mundo —dijo. Se volvió hacia la joven—. Es un buen lugar para establecernos —añadió.

—Estoy de acuerdo contigo —contestó Nerea.

Los días que siguieron fueron de trabajo incesante. York se construyó un par de hachas de piedra, con las que empezó a cortar troncos de árboles, para reforzar las paredes de la cabaña. Nerea, mientras tanto, se ocupaba de hacerla confortable, con las pieles de los animales que cazaban en los momentos destinados a proporcionarse la comida.

—El invierno aquí es corto, pero muy duro. Tendremos que estar preparados para no padecer innecesariamente —dijo él.

Sentíanse plenamente felices, desligados de todas las leyes y reglamentos que les habían agobiado hasta entonces. Sólo faltaba la prueba definitiva y se produjo un par de semanas después de su llegada al campamento.

Al atardecer, Nerea, como todos los días, fue al cercano arroyo a bañarse. Cuando regresó, llevaba una corona de flores sobre la cabeza. Un gran collar de flores pendía de su esbelto cuello.

York la contempló atónito. Ella sonreía de un modo especial.

Lentamente, se acercó al joven y le tendió una mano. York la aceptó maquinalmente. Sin necesidad de palabras, sabían ambos que había llegado el momento culminante.

En silencio, entraron en la cabaña y, sobre las cálidas pieles, se fundieron en uno solo.

* * *

York permaneció sumido en una agradable languidez, todavía no despierto del todo, aunque podía apreciar que el sol había salido hacía rato. Tanteó con la mano y halló vacío el sitio ocupado por Nerea.

Habían culminado su felicidad. Eran ya, y serían para siempre, el uno para el otro. En Rydhamol vivirían dichosos, tendrían descendencia y...

De repente, un grito sofocado cortó en seco sus agradables pensamientos.

Alarmado, se puso en pie. La voz era de Nerea, pero se había interrumpido muy pronto. De un salto, se lanzó fuera de la cabaña y entonces vio a la joven en pie, inmóvil, a diez pasos de distancia, con un cable metálico adherido a su omóplato izquierdo. Nerea aparecía rígida y resultaba evidente que el narcótico había surtido ya sus nefastos efectos.

¡Za'nnuk había vuelto!, fue lo primero que pensó. Ciego de cólera, sin reparar en su desnudez, olvidado incluso del cuchillo, se arrojó hacia el cable y lo agarró con ambas manos.

La astronave se hallaba a pocos metros del suelo. Za'nnuk se disponía a apearse, con el cinturón metálico en las manos, para izar a Nerea a bordo, y lanzó un agudo chillido de rabia.

York no hizo caso. Su poderosa musculatura entró en acción. Tiró con todas sus fuerzas y el cable se rompió. Nerea cayó de rodillas y quedó apoyada en el suelo con las manos.

Emitiendo un horrendo alarido, Za'nnuk se arrojó de un tremendo salto contra el joven. York lo recibió con ambas manos, y sujetándole por la delgadísima cintura, lo lanzó a gran distancia.

El Avanzado era un ser de enorme resistencia y gran capacidad de reacción, porque se levantó al instante y cargó de nuevo contra York. El joven maldijo al darse cuenta de que estaba desarmado. Esta vez, Za'nnuk consiguió colocar un golpe y York se encontró dando volteretas por el aire.

Por su aspecto, Za'nnuk parecía una gigantesca *mantis religiosa*, de color amarillento. Sin embargo, la delgadez de sus miembros no impedía una fuerza descomunal. Agarró un tronco con sus veinte dedos y descargó un golpe tremendo.

York pudo esquivar. Si su adversario hubiese acertado, la lucha se habría acabado allí. El tronco medía quince centímetros de diámetro y tres metros de largo, pero se partió como si fuese un simple mondadientes.

Los ojos semiesféricos de Za'nnuk emitían malignos destellos. De su boca, que aparecía y desaparecía velozmente en su liso rostro, brotaban sonidos inarticulados. Ahora, se dijo York, no quería perder el tiempo en el esfuerzo necesario para traducir telepáticamente sus palabras.

Pese a todo, York consiguió colocar dos buenos golpes. *El Avanzado* era tremendamente fuerte, pero resultaba muy vulnerable cuando recibía un impacto. No obstante, su capacidad de reacción resultaba incomprensible. Aquellos golpes habrían abatido sin duda a un hombre corriente, pero *el Avanzado* parecía indestructible.

York decidió variar de táctica. Estaba dispuesto a todo, tan furioso como una fiera salvaje. Ya no era un ser humano, sino el animal que defendía a su pareja. Za'nnuk cargó sobre él, esquivó ágilmente y saltó a sus espaldas.

El Avanzado emitió un agudísimo chillido de furor. York agarró su cabeza. Sólo había allí unos salientes: sus ojos. Hundió profundamente los dedos en los bordes de las dos semiesferas y dio un fortísimo tirón hacia afuera.

Eran dos cristales y saltaron por los aires. Instantáneamente, *el Avanzado* cayó de rodillas, cubriéndose los ojos con ambas manos, a la vez que gritaba de un modo horripilante.

York lo contempló unos instantes. Za'nnuk se debatía con espantosas convulsiones. A veces, sus espasmos hacían que sus ojos quedaran momentáneamente al descubierto y entonces se agudizaban sus alaridos de dolor. Pero cabía la posibilidad de que se recuperase y corrió hacia la cabaña en busca de un arma.

Salió con la lanza y se aprestó a atravesar el cuerpo del *Avanzado*. Desistió en el acto. Za'nnuk había dejado de moverse.

Lanzó una mirada a Nerea. La joven estaba ahora tendida en el suelo y respiraba regularmente. Despertaría pronto, calculó.

Inclinándose sobre Za'nnuk, puso una mano en su piel amarillenta. No se percibía el menor signo de vida. Sus ojos, ya al descubierto, eran dos masas globulosas, blanquecinas, de consistencia gelatinosa, carentes de pupilas.

Nerea empezó a moverse. York buscó agua y refrescó su rostro. Ella abrió los ojos momentos más tarde.

—Shatto...

—Za'nnuk intentó capturarte de nuevo. No temas. Lo he matado.

Ella escondió la cara en el fornido pecho del joven.

—Sentí que me atacaba, pero, en cuestión de segundos, perdí las fuerzas...

—Todo ha pasado ya, no tienes nada que temer —dijo él, mientras acariciaba suavemente sus cabellos—. Za'nnuk no volverá a molestarnos más. Y... —lanzó una mirada hacia el inmóvil cuerpo amarillento que yacía a pocos pasos de distancia—, a fin de cuentas, ha purgado la matanza que cometió con sus prisioneros.

Nerea se sintió muy sorprendida.

—¿Cómo pudiste derrotarlo? —preguntó.

York frunció el ceño. De pronto, recordó un detalle y si puso en pie.

—Aguarda —dijo.

Buscó por la hierba y no tardó en encontrar las dos semiesferas de vidrio que había arrancado de la cara de Za'nnuk. Examinó el cadáver de nuevo y vio unos repliegues circulares en torno a sus cuencas orbitales. Aquellos repliegue, servían para mantener constantemente los cristales en posición delante de los ojos.

Pero, ¿por qué necesitaban llevar aquellas extrañas gafas.

¿Acaso eran miopes de nacimiento?

Intrigado, se puso los dos cristales delante de los ojos. En un instante, lo comprendió todo.

Los colores desaparecían en el acto y el paisaje se tornaba de un tono gris, sucio y deprimente. Separó los vidrios de delante de sus ojos y volvió a ver todo con sus colores naturales.

—Ahora ya sé lo que le pasó —dijo—. Los Superiores padecen congénitamente una especie de daltonismo, esto es, ceguera de los colores, pero particularmente exacerbado. Los colores son mortíferos para ellos.

Nerea se había puesto en pie y contemplaba los vidrios con gran asombro.

—Entonces, murió, simplemente, porque expusiste sus retinas a la luz ambiental.

York hizo un amplio ademán con el brazo.

—Mira. El sol luce en lo alto, la hierba, fresca, de color verde brillante; hay flores rojas, amarillas, azules... Nubes blancas en el cielo azul, ocre de la tierra, negro de tu pelo, rojo de tus labios... Para él la escala cromática es tan mortífera como para nosotros una atmósfera de metano.

—Estaba solo en su nave —dijo ella pensativamente—. Pero, ¿no habrá otros congéneres suyos en las inmediaciones de Rydhamol?

York no tuvo tiempo de contestar. El bote espacial se hallaba a pocos pasos de distancia, con la escotilla abierta. Una voz chillona surgió a través del hueco:

—¡Za’nnuk! ¿Dónde está usted? Conteste inmediatamente; hace más de una hora que le estamos llamando... ¡Conteste, Za’nnuk!

* * *

Nerea se sobresaltó. York alzó una mano y le indicó que guardara silencio.

Luego, muy despacio, se acercó a la nave y penetró en su interior. En el puesto de mando se veía una pantalla iluminada, en la que aparecía el rostro de un ser idéntico al *Avanzado*.

—Ah, está ahí por fin, Za'nnuk —dijo el individuo—. Ya era hora. ¿Se puede saber qué le ha sucedido?

—Le ruego mil perdones —contestó York procurando adoptar una entonación semejante a la voz del difunto—. Estuve muy ocupado...

—Es hora ya de que regrese, Za'nnuk. Apreciamos enormemente su labor. Ha obtenido resultados verdaderamente notables. Sin usted, puede decirse que no habríamos conseguido el objetivo.

—Ah, lo han logrado.

—Sí, ya hemos iniciado los primeros contactos de establecimiento. Por ahora, todo marcha perfectamente. No hay motivos para sentir alarma de ninguna clase. Incluso hemos conseguido eliminar los riesgos de las radiaciones cromáticas. ¡Hemos eliminado la cromofobia!

—¿De veras?

—Es lógico. Al fundirnos con nuestro objetivo, adquirimos todas sus propiedades físicas.

—Ah, parece lógico...

—Está bien, Za'nnuk. Deje todo ya y regrese.

—Sí, señor.

—¿«Sí, señor»? ¿Qué fórmula es ésa, Za'nnuk?

—Bueno, usted me ha dado una orden y yo me he mostrado dispuesto a cumplirla, eso es todo —contestó York pensando alarmado que había dicho algo inconveniente.

—Usted ha olvidado ya la fórmula, Za'nnuk, y es una falta de tacto que no se puede perdonar. Oiga, ¿y por qué no da la cara? ¡Sitúese frente a la cámara inmediatamente ¡Quiero verle! ¿Me ha entendido?

Repentinamente, el ser lanzó un chillido.

—¿Qué es eso? ¿Qué clase de persona tiene usted a bordo?

Intrigado, York se volvió. Atraída por la curiosidad, Nerea había entrado en la nave, y aunque más alejada de la cámara que el joven, su figura, sin embargo, entraba dentro del campo de visión del

objetivo.

York se dijo que ya no valía la pena seguir la ficción,

—Lo siento —dijo, a la vez que daba un paso la izquierda—. No soy Za'nnuk.

Los redondos ojos del ser, que ahora no usaba los hemisferios de vidrio protector, le contemplaron con curiosidad durante unos instantes.

—¿Dónde está Za'nnuk? ¿Qué has hecho de él? —preguntó al cabo.

—Ha muerto.

Hubo un momento de silencio. Luego, el ser dijo:

—¿Tú?

York asintió.

—No me quedó otro remedio —respondió.

—Mi nombre es K'gork —dijo el otro altaneramente—. Quizá volvamos a vernos algún día.

—Intentaré evitar que eso suceda.

—Puede que no lo consigas. ¿Por qué mataste a Za'nnuk?

—¿Qué harías tú con el hombre que quisiera robarte a tu mujer?

—¿Mujer? ¿Qué es eso?

—Pareja del sexo opuesto. Cuando dos seres de distinto sexo se sienten atraídos el uno hacia el otro, forman una pareja. Yo soy su hombre y ella es mi mujer. Za'nnuk quiso arrebatármela y tuve que defender lo que es mío.

—Sus razones tendría, digo yo —manifestó K'gork.

—Ninguna. Nadie puede arrebatar a otro lo que le pertenece legítimamente. Entonces, el atacado tiene derecho a defender su propiedad como sea.

—Ah, tu mujer es de tu propiedad.

—Y yo soy propiedad de mi mujer. Ambos somos uno del otro

y nos pertenecemos recíprocamente.

—Está bien, ya ha sido hecho —dijo K'gork—. Seguramente, vosotros sois la pareja que Za'nnuk tuvo en estudio en su nave.

—No vale la pena negarlo. Sí, fuimos nosotros.

—Parece que pudisteis escapar…

—Resultó bastante sencillo. Además, no teníamos por qué guardar ninguna simpatía a Za'nnuk. Había hecho miles de prisioneros, y cuando nos tuvo a nosotros, los mató a todos. Inteligentes o no, eran seres vivos que no merecían aquella suerte.

—Todo ser vivo merece la suerte que le asignamos nosotros, los Superiores —contestó K'gork orgullosamente.

—Nadie con inteligencia es superior a otro también inteligente —dijo el joven—. Sólo se es superior a las bestias, pero ni aun a ellas se las debe maltratar y sólo utilizarlas, en caso necesario, como alimento.

—Za'nnuk no podía devolver sus prisioneros a sus lugares de origen. Eran millares y habían sido capturados en cientos de planetas. Habría sido una tarea demasiado larga. Ya llevaba casi cincuenta años entregado a esa labor, y aunque el tiempo cuenta poco para nosotros, otros cincuenta años habrían sido demasiado retraso para nuestros planes.

—Sí, claro, es lo que suele decir el asesino para justificar su crimen: «Tenía que hacerlo, era necesario…» Nunca se puede justificar la muerte de un ser vivo en casos como el que nos ocupa.

—Eso no son más que palabras fútiles, sin importancia para nosotros —contestó K'gork desdeñosamente—. Antes dije que quizá volvamos a vernos. Ahora puedo asegurarte que es seguro que nos veremos algún día. Entonces pagarás cara la muerte de Za'nnuk.

—Procura venir acompañado de muchos de los tuyos. Si vienes solo, seguirás el mismo camino que Za'nnuk —fanfarroneó el joven.

Los ojos de K'gork emitieron un destello hirviente de perversidad. York notó el contacto casi físico de aquella mirad; y se estremeció.

—Sí, nos veremos —insistió K'gork—. Y quizá del modo que menos te imaginas. Adiós.

York no contestó. La imagen se esfumó de la pantalla

Luego hubo un hondo silencio.

CAPÍTULO VI

Al cabo de unos momentos, York puso el brazo por los hombros de la joven y la empujó suavemente hacia la salida. Una vez en el exterior, contempló largamente la verde hierba, el cielo azul y las nubes blancas, mientras respiraba a pleno pulmón el aire puro y perfumado.

—Esto era un paraíso —dijo, después de un buen rato—. Resultaba lógico esperar que un día apareciese la serpiente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nerea, intrigada.

—Ya te lo explicaré en otro momento. Ahora, ya lo has oído, hay un tipo que quiere vengarse de lo que hemos hecho a un congénere. No tenemos otra elección; hemos de defendemos a cualquier precio.

—Sí, pero, ¿cómo? —exclamó ella, angustiada—. Nuestras armas son muy primitivas... K'gork vendrá acompañado de más gente de su raza...

—Tendremos que abandonar el campamento, para evitar que nos localicen.

—Tarde o temprano, nos encontrarán. Za’nnuk me habló en cierta ocasión de detectores sumamente sensibles; incluso pueden captar las emisiones cerebrales de seres inteligentes, y ello a millones de kilómetros de distancia. Inevitablemente, acabarán por dar con nosotros y entonces...

De pronto, Nerea se volvió y, abrazándose al joven, escondió la cabeza en su pecho.

—¡Oh, Shatto, ahora que éramos tan felices! —sollozó—. Hemos llegado a saber que nos amamos plenamente... y ese horrible monstruo quiere destruirnos...

York apretó los dientes.

—Nerea, K’gork no sabe de qué es capaz un terrestre cuando defiende lo que considera suyo —respondió.

—Pero la fuerza del número es un factor contra el que no podemos nada —alegó ella.

—Está la astucia y… Si pudiéramos volver a la Tierra…

Nerea levantó la vista. Aún tenía los ojos húmedos.

—¿A tu planeta? —se sorprendió—. Dijiste que odiabas aquel género de vida y que por eso viniste a Rydhamol.

—Es cierto, y no he cambiado de opinión. Pero, en estos momentos, nuestro mejor refugio sería la Tierra, perdidos entre miles de millones de habitantes. Te diré una cosa: a ti, tanto Za’nnuk como K’gork te parecen absolutamente idénticos, ¿no es así?

—Diríase que son calcados el uno del otro —convino Nerea.

—Y, sin embargo, no es así —sonrió el joven—. En la Tierra hay una raza, los chinos, cuyos miembros nos parecen absolutamente iguales a los que pertenecemos a otra etnia. Pero tienen sus rasgos fisonómicos claramente definidos y cada chino es distinto a otro de su misma raza, aunque a los demás nos parezcan semejantes. Lo mismo le sucederá a K’gork con los terrestres, si llega a desembarcar en mi planeta: aparte del gran número de habitantes, no será capaz de distinguir a las personas, ya sean chinos, blancos o de otro grupo étnico.

—Eso es una esperanza. Pero, ¿cómo viajar a la Tierra? ¿En la nave de Za’nnuk? Tengo la impresión de que es un aparato que sólo sirve para cortos viajes, es decir, de la nave, nodriza a la superficie de un planeta y viceversa. Hay mucha distancia a tu planeta, ¿no es cierto?

—Decenas de años luz —asintió el joven ceñudamente.

No, no podrían emplear el bote espacial para regresar a la Tierra. Aparte de que él desconocía las más elementales reglas de navegación por el espacio, el aparato, sin duda, carecía de motores hiperespaciales que le permitirían recorrer aquellas enormes distancias en un tiempo increíblemente breve.

De repente, cuando más abrumados se sentían, percibieron un chispazo metálico en las alturas.

Nerea levantó la vista.

—¡Ya viene K'gork! —exclamó, aterrorizada.

York se dispuso a buscar sus armas primitivas. De pronto, vio algo que le hizo sentirse más tranquilo.

—Esa nave no se parece en absoluto a las de los Superiores —aseguró.

* * *

El aparato tenía la forma afilada de un cohete, con estabilizadores en la cola, horizontal y vertical. El fuselaje era muy grande y se apreciaban en él una larga fila de lucernas en cada costado. Hacia la cola, tenía pintados unos símbolos, que resultaron familiares para el joven.

—Es una nave de patrulla —exclamó.

—¿Amigos? —dijo ella.

—De la Tierra.

El aparato se posó en el suelo. Una escotilla se abrió y se desplegó una escalerilla. De pronto, York se dio cuenta de una cosa.

—Nerea, estás desnuda. Vístete.

Ella corrió hacia la cabaña. York aguardó a pie firme en el mismo sitio, a unos treinta pasos de la nave de patrulla.

Tres hombres uniformados desembarcaron, todos con sus armas en la mano. York avanzó hacia ellos.

—Somos gente de paz —proclamó—. Terrestres, como ustedes.

La sorpresa de los recién llegados fue enorme. Su jefe ostentaba insignias de capitán en las hombreras de su uniforme. Era un hombre de mediana edad ya canoso, pero todavía de mirada viva y firme.

—De la Tierra, ¿eh? —dijo—. Soy el capitán Martin —se presentó.

—Shatto York —contestó el joven—. Mi... esposa vendrá en seguida.

Martin lanzó una ojeada a su alrededor.

—Detectamos una nave en este planeta y descendimos para

investigar. ¿Puede contarnos lo que ha sucedido, señor York?

El joven demoró la respuesta unos segundos. La cara del capitán Martin le parecía conocida. No, no podía ser; él no había tenido relación jamás con ningún miembro de las patrullas del espacio y menos con oficiales.

—Tuvimos problemas con unos seres de una raza distinta a la nuestra —respondió—. Es un poco largo de contar, aunque… capitán, ¿hay algún medio para que mi esposa y yo podamos viajar a la Tierra?

—Bueno, puedo llevarlos en mi aparato, hasta una espaciolínea y solicitar su transbordo a una nave de pasajeros. Todavía no ha terminado mi tiempo de patrulla, señor York.

—Eso será suficiente, gracias.

Nerea llego en aquel momento y entregó al joven su ceñidor.

—Dispense, capitán —sonrió York, mientras se cubría las caderas—. Le presento a mi esposa, Nerea D'Hosphex. Nerea, el capitán Martin.

El oficial se inclinó galantemente.

—Señora…

—Celebro conocerle, capitán. Shatto, ¿le has pedido que nos lleve a la Tierra?

—Sí, y ha accedido, querida.

—Menos mal —suspiró la joven.

—¿Temen algún peligro? —preguntó Martin.

—Sí. Alguien nos ha amenazado. Tuve que matar a ese ser de otra raza y sus congéneres quieren vengarse. Querían raptar a mi esposa, ¿comprende?

—Hizo bien —repuso el oficial—. Y nosotros los protegeremos a cualquier precio, no faltaría más. Antes de zarpar sin embargo, nos permitirán que investiguemos para emitir un informe.

—Por supuesto.

Martin hizo una señal. Los dos hombres que le acompañaban, echaron a correr hacia el cuerpo tendido en el suelo.

—Le enseñaré la nave por dentro —dijo el joven.

Echaron a andar. De pronto, Martin hizo una pregunta:

—Perdone, señor York, pero, ¿lleva usted mucho tiempo en Rydhamol?

—Oh, un par de años tan sólo. Mi esposa vino algo más tarde.

Martin se detuvo y le contempló fijamente durante unos segundos. Luego meneó la cabeza.

—No puede ser —dijo al cabo—. Eso ocurrió hace treinta años.

—¿Qué sucedió hace treinta años, capitán? —inquirió el joven, lleno de curiosidad.

—Conocí a un hombre llamado exactamente igual que usted. Claro que él tenía entonces unos treinta años… Yo era recién ingresado en el cuerpo de supervisores de Control de Materias Primas y tenía el grado mínimo, esto es, aspirante. Hubo un supervisor de cuarto grado que se hartó de aquella vida y pidió que le abandonasen en algún planeta perdido.

—Soy yo, capitán, y le aseguro que eso no sucedió hace treinta, sino dos años —dijo York con voz tensa—. Y también conocía a un aspirante a supervisor, llamado Nick Martin, que había pedido ese empleo, mientras esperaba ser llamado a la academia de Astronáutica. Usted, sin duda, es su padre…

—Mi padre se llama Frank y jamás sintió el menor interés por la astronáutica —contestó Martin.

Hubo un momento de silencio. Los dos hombres se miraban sin pronunciar palabra. De pronto, York tendió la mano.

—Usted… tú eres el aspirante Nick Martin… No es posible que hayan pasado treinta años…

—Sí, estamos ya en el siglo XXIV, exactamente en el dos mil trescientos dieciséis. Tú te marchaste en el año dos mil doscientos ochenta y seis, pero, ¿por qué diablos tú te conservas con la misma apariencia y, en cambio, yo tengo el aspecto de un hombre de cincuenta años?

York se sentía terriblemente desconcertado. ¿Cómo era posible que en dos años hubieran transcurrido treinta para otros?

¿Acaso el tiempo transcurría en Rydhamol más lentamente que en la Tierra?, se preguntó, presa de una especie de vértigo que le hacía sentirse casi enfermo.

Si ello era cierto, el tiempo corría en Rydhamol quince veces más lentamente que en la Tierra. O, dicho de otro modo, en la Tierra se vivía quince veces más aprisa que en Rydhamol.

De pronto, sintió que le tocaban en el brazo.

Se volvió. Era Nerea.

—Creó que conozco la explicación —dijo la muchacha.

* * *

Uno de los guardias trajo en una bandeja un líquido humeante que resultó nuevo para Nerea. Sentada en un viejo tronco, Nerea aspiró el reconfortante aroma del café.

—Dos años sin probarlo —suspiró York—. ¿O han sido treinta, Nick?

—Para mí, sí —contestó tristemente el oficial—. Hay que ver, menudo aspecto tienes... Fuerte como un roble, tostado, sano a prueba de bombas... Empiezo a creer que hiciste la elección acertada, al pedir que te enviaran aquí.

—Tú también supiste elegir —sonrió York—. Te gustaba la astronáutica y has llegado a capitán...

—Algunos de mis compañeros de promoción son ya almirantes —repuso Martin melancólicamente—. Claro que no fui nunca lo que se dice un tipo especialmente dotado... y menos aún para la diplomacia, lo que me ha «evitado» más de un ascenso. Después de mi próxima patrulla, me retiraré y... Pero la señora York, creo, tenía que darnos su opinión acerca de la diferencia de fechas.

Nerea dejó su taza vacía a un lado.

—Sí, capitán. Debió de ocurrir cuando estábamos a bordo de la nave de Za'nnuk.

—¡Dormimos sólo una noche! —exclamó York.

—Eso es lo que creemos. Y tal vez, en efecto, para nosotros transcurrió realmente una noche. Pero la nave de Za'nnuk estaba, seguramente, en otra dimensión temporal y allí el tiempo transcurría con mucha mayor celeridad.

—Entonces, dígase lo que se diga, estuvimos durmiendo treinta años.

—No —contradijo Nerea firmemente—. En esa noche, pasaron treinta años en la Tierra. Bueno, algo menos, teniendo en cuenta que llevabas dos en Rydhamol. Allí, en la nave de Za'nnuk, el tiempo se aceleró con respecto al de la Tierra. Avanzamos treinta años en una noche... de lo contrario, tú tendrías ya canas, como el capitán Martin. Y yo...

Nerea sonrió.

—Bueno, ya no sería tampoco la misma —añadió.

—Es una explicación sensata, y en la Tierra no faltará quien sepa encontrar la verdad —terció Martin—. Aunque no me lo hubiesen pedido, tendría que llevarles allí; este incidente debe figurar en mi informe y tú y tu esposa tendréis que declarar lo que ha pasado.

—Estamos conformes con ello —respondió York.

—Nos llevaremos también el cadáver de Za'nnuk para que lo estudien los biólogos de toda laya. Y no viajaréis en una nave de pasajeros, sino en la mía. Lo ocurrido es demasiado importante para que viajéis en una nave que debe hacer escalas en distintos puertos y que, por dicha razón, tardará más que nosotros.

Martin volvió a mirar a su amigo y meneó la cabeza.

—Dios, cómo te envidio... Tú sí que supiste elegir...

—Puedes hacer lo mismo cuando te retires —sonrió York—. Rydhamol tiene un clima magnífico... Es una especie de Tierra, pero deshabitada y en donde la vida resulta relativamente fácil.

—Puede que lo haga un día —convino Martin, mientras se rascaba la mejilla con el pulgar—. A fin de cuentas, en el siglo XXIV mis expectativas de vida son de ciento veintitrés años y sólo tengo cuarenta y nueve y medio. Pero eso me da también una idea, Shatto.

—¿Sí, Nick?

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Habían transcurrido ya algunos meses.

York y Nerea habían informado de los sucesos acaecidos en Rydhamol. Las autoridades terrestres estaban advertidas de lo que podía suceder y todas las fuerzas de seguridad habían sido puestas en estado de alerta.

Todo parecía normal, hasta que un día se produjo cierto incidente, al que, aparentemente, no se le concedió ninguna importancia. Más adelante se dijo que la astronave *Four Roses* había sufrido una avería en sus sistemas de comunicación.

Durante un par de horas, la *Four Roses* estuvo incomunicada con la Tierra. Luego se restableció el contacto. El capitán informó haber solucionado los problemas y anunció su aterrizaje para veinte horas más tarde.

La *Four Roses* volvía con trescientos noventa pasajeros, cuarenta tripulantes y dos mil toneladas de carga general. A su debido tiempo, la astronave se posó en el suelo, el capitán rindió un informe escrito sobre el caso y luego todo volvió a la normalidad.

Tres semanas más tarde, se produjo un caso parecido. Otra nave suspendió sus comunicaciones durante dos horas. También volvía con pasajeros y carga general.

Media docena de casos más se produjeron en los tres meses siguientes. Se hizo una investigación, prácticamente de rutina, pero no se consiguió encontrar la causa de aquellas anomalías.

Las astronaves aterrizaban en distintos puntos de la Tierra, muy separados entre sí, y a veces, cada una en las antípodas de la

otra. Nadie concedió el menor interés a aquellos extraños sucesos.

A fin de cuentas, los pasajeros y la tripulación desembarcaban en buen estado y la carga no había sufrido el menor desperfecto. Pero un año más tarde, los casos de incomunicación momentánea ascendían ya a cuarenta y seis, casi uno por semana.

Mientras, York y Nerea se habían establecido en una pequeña población, situada en una zona templada, bastante parecida a Rydhamol. York había encontrado trabajo en una oficina secundaria de control de Materias Primas. Era el jefe y podía permitirse un horario cómodo y flexible.

Nerea asistía a las clases de un colegio superior, para aprender cosas de la Tierra. Era una existencia plácida, sin altibajos y sin la menor nube que empañase su felicidad. Sin embargo, echaban de menos a Rydhamol.

Cierto día, York, al terminar su trabajo, salió de la oficina y se dirigió a la cinta deslizante que le conduciría a su casa. Un poco más allá, vio un pesado automóvil de carga, estacionado en una playa, junto a la cual se divisaba un restaurante automático.

A pocos pasos de distancia, estaba el puesto de venta de periódicos. Era automático y York se apeó de la cinta, para poner una moneda en la ranura y comprar el periódico de la tarde. A pesar de que podía tenerlo en su televisor, le gustaba leerlo, porque había temas y artículos que no siempre eran transmitidos por televisión.

Puso la moneda y el diario salió por la ranura correspondiente. Lo desplegó, para leer los titulares y entonces vio algo increíble.

La escotilla posterior del aeromóvil se abrió y un ser absolutamente idéntico a Za'nnuk salió del aparato y caminó a largas zancadas hacia la cinta deslizante. En aquellos momentos y en aquel punto, sólo había un viajero en la cinta, un hombre de unos treinta años, que no se dio cuenta de la aproximación del monstruoso extraterrestre.

York quiso gritar, pero tenía la lengua pegada al paladar. Entonces sucedió algo que le hizo dudar de la integridad de sus sentidos.

El extraterrestre se acercó por detrás al hombre. York pensó que le iba a atacar, pero no sucedió como pensaba. En fracciones de segundo, el congénere de Za’nnuk se fundió con el terrestre.

York se quedó con la boca abierta. Todavía sin fuerzas para emitir el menor sonido, vio que el hombre se salía de la cinta y caminaba hacia el aeromóvil. Entró, estuvo unos segundos y volvió a salir con una bolsa rígida colgada del hombro.

La bolsa era negra, forrada de una sustancia parecida a la piel, y tenía el tamaño de dos cajas de cigarros. Con toda tranquilidad, sin sentirse afectado por lo ocurrido, el joven volvió a la cinta y continuó su camino.

York reaccionó entonces. Ahora ya conocía el pleno significado de la frase que el capitán Martin había pronunciado en Rydhamol, antes de emprender el viaje de vuelta a la Tierra.

Sí, los Superiores eran polimórficos, esto es, podían cambiar de forma a voluntad, aunque con ciertas peculiaridades: necesitaban un «vehículo» que les permitiera ese cambio de forma, lo que alteraba sustancialmente su personalidad física.

Lo más horrible de todo era que el Superior estaba ahora en el cuerpo de un terrestre.

Minutos más tarde, llegaba a su casa. Nerea acudió corriendo a recibirle, como de costumbre, y le abrazó apasionadamente.

Sin embargo, se extrañó de que él no correspondiera a sus muestras de efusión.

—¿Te pasa algo, Shatto? —preguntó.

El rostro del joven estaba cubierto de sombras.

—Ya están aquí —contestó.

Ella comprendió en el acto y lanzó un gemido de terror.

—¿Qué piensas hacer, Shatto?

—Ahora lo verás.

York se acercó al videófono y marcó una serie de cifras y letras. A los pocos momentos, apareció el rostro de una mujer en la pantalla.

—Por favor, póngame con el capitán Nicholas Martin, de las patrullas del espacio. Soy su amigo Shatto York y tengo que comunicarle algo importante, de enorme urgencia.

—En seguida le aviso, señor York —contestó la operadora.

* * *

Dos horas más tarde, Nick Martin se apeó de su aeromóvil, frente a la casa de los York, acompañado de un sujeto de mediana edad, portador de un maletín de color marrón oscuro. El joven estaba ya en la puerta de la casa.

—Hola, Shatto —saludó Martin—. Te presento al profesor Ross Lowett, experto en biología extraterrestre. Profesor, el señor y la señora York.

—Encantado —dijo Lowett.

—Mucho gusto, profesor —de pronto, York reparó en un detalle—. Nick, te han ascendido.

Martin sonrió de mala gana.

—Alguien consideró que mi carrera estaba injustamente retrasada y me tiró a las hombreras estas estrellas de coronel. Claro que vuestro rescate también influyó... Pero el caso es que han retrasado mi retiro en un par de años.

—Así lo disfrutarás más y con mejor paga —sonrió el joven—. Profesor, ¿quiere pasar? Mi esposa nos traerá café inmediatamente.

—Gracias, señor York —contestó Lowett—. Aunque ya estaba enterado de lo sucedido, gracias a los informes del coronel, entonces capitán, ahora, al conocer la noticia de la presencia de un extraterrestre en el planeta, y también por boca del coronel Martin, he considerado conveniente venir a entrevistarles, no sólo para adquirir más detalles, sino también para ayudarles.

—Gracias, profesor —dijo York—. También a ti, Nick.

Martin recurrió a su gesto favorito: rascarse la mejilla con el pulgar.

—El «profe» dice que esos tipos son muy rencorosos —gruñó—. Pero será mejor que te lo explique él en persona.

—Sí, desde luego. Adelante, profesor, cuando quiera.

Lowett abrió su maletín y extrajo un diminuto proyector, que colocó sobre una mesa y frente a una pared blanca. Martin corrió las

cortinas y la sala quedó sumida en la penumbra.

—Señor York, voy a proyectar imágenes de distintos tipos de razas inteligentes galácticas. Algunas son muy parecidas entre sí… como sucede en la Tierra. Un blanco se parece mucho a un oriental y quizá, salvo en el color de la piel, en el caso de los individuos de origen africano, es el punto de mayor diferencia física para nosotros. Pero sólo la piel oscura y nada más, ¿comprende?

—Usted trata de decirme que hay distintas razas de Superiores —dijo el joven.

—Sí, aunque sólo una de ellas se atribuye el título.

—Bueno, pero ya trajimos un ejemplar. ¿Es que no lo vio usted, profesor?

Lowett se volvió hacia el oficial.

—Coronel, cuénteselo —pidió.

—Llevamos el cuerpo de Za’nnuk al Laboratorio Central de Investigaciones Anatómicas Extraterrestres. El cadáver estaba en una caja metálica y ésta, a su vez, en otra llena de hielo que se mantenía siempre en estado de congelación, merced a un compresor que proporcionaba una temperatura constante de treinta grados centígrados negativos. Cuando se abrió la caja, sólo había allí una veintena de litros de un líquido tan apestoso, que todavía me parece estar oliéndolo. ¡Dios —se horrorizó Martin—, durante unas cuantas semanas, apenas sí podía beber más que agua y eso sólo cuando ya no podía soportar más la sed!

—Era repugnante, parece —dijo York.

—No puedes imaginártelo.

—Por eso no tenemos ningún ejemplar a mano —intervino Lowett—. Ah, ya está aquí la señora York con el café. Iniciaremos la proyección después de una taza de tan reconfortante infusión —añadió con cierta pedantería.

* * *

Imágenes de distintos tipos de seres extraterrestres, semejantes a los Superiores, fueron apareciendo en la pared. De pronto, York

lanzó una exclamación:

—¡Alto, ahí está!

—¿Seguro? —dijo Lowett.

—Absolutamente, profesor.

—Shatto tiene razón —añadió Nerea—. Ni él ni yo podremos olvidar jamás la horrible figura de Za'nnuk.

—Es cierto —intervino Martin—. Yo también lo vi muerto. No hay duda, ha proyectado usted la figura exacta de un Superior.

—Es un título que se otorgan ellos, ya lo he dicho —manifestó el profesor—. Los Superiores proceden de un planeta llamado Ak'ton, situado en el sexto sistema de la constelación de Vega, a veintisiete años luz. Entre otras cualidades, poseen la del rencor inextinguible. No perdonan la más mínima ofensa. Son arrogantes, orgullosos, seguros de su poder... agresivos, intemperantes, raramente accesibles al diálogo. Si han venido a la Tierra, nos va a costar muchísimo deshacernos de ellos.

—Bueno, sólo ha venido uno... y yo recuerdo perfectamente en qué cuerpo se metió —dijo el joven.

—Hay más, posiblemente, varios millares más —contestó Lowett—. Ahora ya sabemos qué sucedió con las astronaves que dejaban de comunicarse con la Tierra durante un par de horas. Era el tiempo que ellos empleaban en el asalto... y en la «ocupación» de los cuerpos de todos los pasajeros y tripulantes.

York se espantó. Nerea palideció.

—Son muchas naves...

—Exactamente, cuarenta y seis —puntualizó Martin— Hemos sumado las cifras de pasajeros y tripulantes y el resultado es de dieciocho mil novecientos cincuenta y dos Superiores, infiltrados en otros tantos cuerpos terrestres.

—Más el que yo he visto —dijo York.

—Sí, y gracias a eso hemos sabido deducir lo ocurrido. Pero el profesor tiene algo más que deciros —indicó el coronel.

—En efecto —repuso Lowett—. La cosa no ofrece duda: están aquí para vengar la muerte de Za'nnuk. Es una ofensa que no pueden

perdonar y ni siquiera harán caso del argumento de legítima defensa.

—Pero nosotros os protegeremos —exclamó Martin—. Ya está en marcha un pelotón de guardias, que vigilará esta casa constantemente, noche y día, hasta que consigamos expulsar a esos indeseables de un planeta al que no han sido llamados.

York meneó lentamente la cabeza.

—Temo que estén equivocados —dijo—. Creo que los Superiores persiguen un objetivo más interesante que el de una supuesta venganza. Por mucho rencor que sientan hacia mí, sus pretensiones son infinitamente más elevadas que las de castigar la muerte de un congénere.

—No te entiendo, Shatto… —se extrañó Martin.

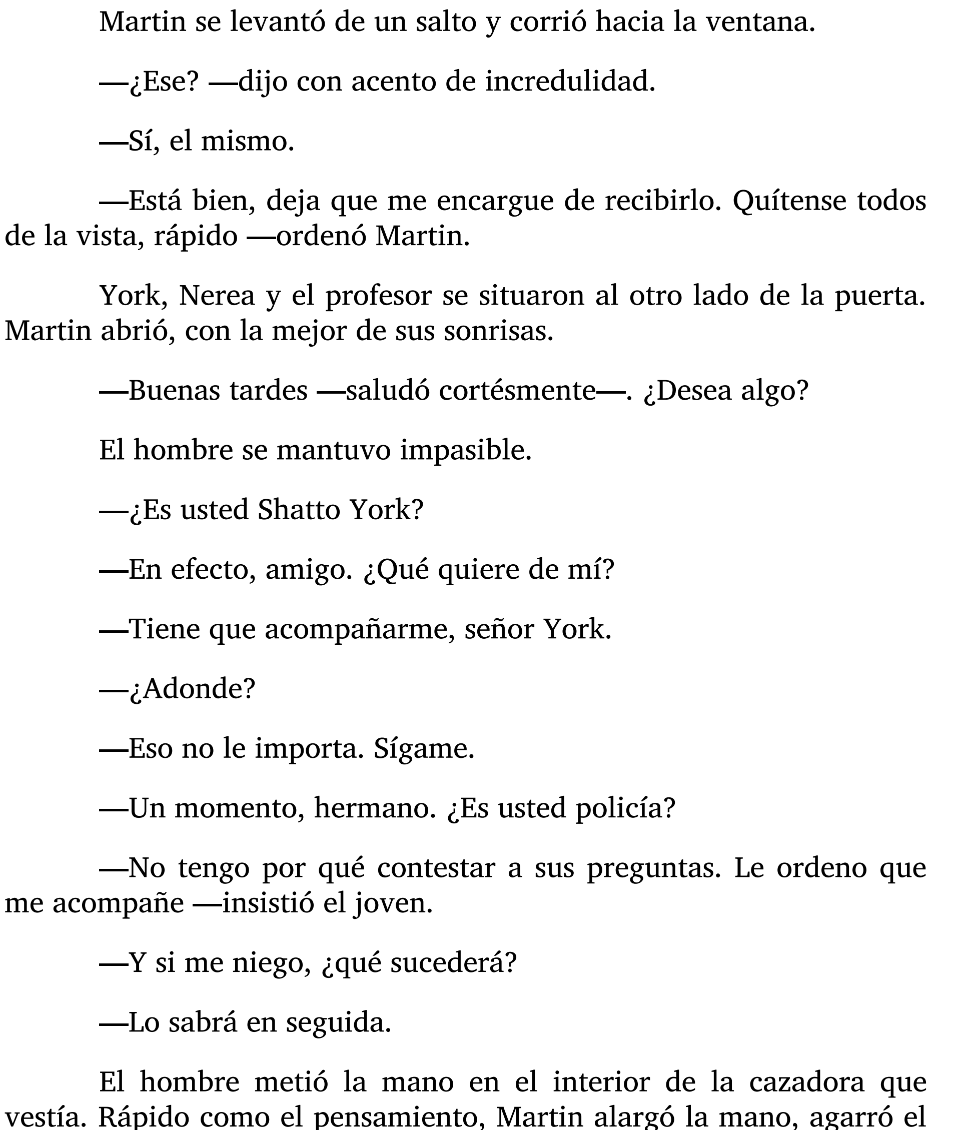
—Me explicaré…

York se interrumpió súbitamente. Por casualidad, había mirado a través de la ventana, ya despejada, una vez terminada la proyección, y estaba viendo a un individuo que cruzaba el pequeño jardín que había delante de la casa.

Sólo había visto a aquel hombre una vez, pero lo reconoció de inmediato.

—Nick, han sabido encontrarnos muy pronto. *¡Ahí viene uno de ellos!* —exclamó.

CAPÍTULO II



Martin se levantó de un salto y corrió hacia la ventana.

—¿Ese? —dijo con acento de incredulidad.

—Sí, el mismo.

—Está bien, deja que me encargue de recibirlo. Quítense todos de la vista, rápido —ordenó Martin.

York, Nerea y el profesor se situaron al otro lado de la puerta. Martin abrió, con la mejor de sus sonrisas.

—Buenas tardes —saludó cortésmente—. ¿Desea algo?

El hombre se mantuvo impasible.

—¿Es usted Shatto York?

—En efecto, amigo. ¿Qué quiere de mí?

—Tiene que acompañarme, señor York.

—¿Adonde?

—Eso no le importa. Sígame.

—Un momento, hermano. ¿Es usted policía?

—No tengo por qué contestar a sus preguntas. Le ordeno que me acompañe —insistió el joven.

—Y si me niego, ¿qué sucederá?

—Lo sabrá en seguida.

El hombre metió la mano en el interior de la cazadora que vestía. Rápido como el pensamiento, Martin alargó la mano, agarró el brazo del sujeto y dio un potente tirón hacia adentro.

El hombre penetró violentamente, dando una voltereta en el aire, que le hizo perder la caja que pendía de su hombro. York supuso que debía apoyar a su amigo y cerró de golpe.

Luego, cuando vio que el intruso empezaba a levantarse, disparó el pie y le golpeó en el mentón.

—¡Bravo, Shatto! —gritó Martin.

La cabeza del intruso fue despedida hacia atrás, pero su recuperación fue sorprendentemente rápida y no menos violenta. Poniéndose en pie de un salto, movió los dos brazos a la vez. York y el coronel retrocedieron hasta chocar contra la pared del fondo.

Nerea, aterrada, gritó. Lowett, aturdido, no acababa de reaccionar debidamente.

En los ojos del intruso brilló un fuego demencial. A pesar de todo, los dos terrestres volvieron a la carga y se le arrojaron encima. Durante unos momentos, el grupo fue de un lado para otro, tropezando con los muebles y derribando objetos menores con gran estrépito. Pero York comenzó a darse cuenta de que, si no hacían algo, tenían perdida la partida.

Cayeron al suelo en confuso montón y continuaron golpeándose con saña. A pesar de todo, el intruso parecía llevar la mejor parte.

De pronto, York creyó haber encontrado la solución.

—¡Nerea, la cámara! —gritó—. ¡El *flash*!

Ella comprendió en el acto y echó a correr hacia el escritorio de su esposo. Muchas veces, salían de excursión y tomaban fotografías, porque a Nerea le gustaba conservar imágenes de lugares de la Tierra, que para ella tenían un gran atractivo. En ocasiones, las fotografías debían ser tomadas en interiores y para ello disponían de un *flash* de gran potencia.

York, mientras forcejeaba, suponía que los extraterrestres habían superado en gran parte su cromofobia. Pero, a pesar de todo, aún debían de conservar cierta debilidad en su sistema óptico.

Nerea regresó y disparó un fogonazo.

El intruso aulló horriblemente.

—¡Sigue, sigue! ¡A los ojos! —clamó el joven.

El *flash* se incendió repetidas veces, con potentes resplandores que equivalían, en cada caso, a millares de bujías. Los alaridos del intruso se hicieron ensordecedores.

De pronto, dejó de luchar y quedó en el suelo, encogido sobre sí mismo, cubriéndose la cara con las manos. Ahora, sus gritos se habían transformado en sonidos semejantes a sollozos. Parecía tan indefenso como un recién nacido.

York y Martin se pusieron en pie, jadeantes, sudorosos, con las ropas desgarradas y claras señales en los rostros de la lucha sostenida. Martin, con un ojo casi cerrado, sonrió.

—Ha sido una buena pelea —dijo.

York asintió.

—Creo que tiene un arma —indicó.

—Le quitaré la dentadura —contestó Martin, a la vez que se inclinaba hacia el caído. Sin resistencia, le despojó de un extraño lápiz, doblado hacia el tercio superior de su longitud en un ángulo de unos ciento cuarenta grados.

—Cuidado —avisó Lowett—. No sabemos cómo funciona ese chisme, coronel.

Martin lo dejó encima de una mesa.

—Bueno, ya tenemos un prisionero —dijo, satisfecho—. Y lo mejor de todo es que conocemos la forma de combatirles. Luz, mucha luz, eso es todo.

—Sí, salvo por un pequeño inconveniente —objetó York.

El coronel se volvió hacia su amigo.

—¿Cuál, Shatto?

—Hay casi veinte mil más como él. Y no han venido solamente para castigarme a mí. Tienen otras pretensiones. Yo lo escuché, cuando K'gork creía hablar con Za'nnuk. ¿Lo recuerdas, Nerea?

—Como si hubiese sucedido ayer —respondió la joven.

—Bien, discutiremos eso más adelante —decidió Martin—. Ahora, lo más urgente es evitar que este tipo pueda escapar, Lo ataremos y...

Inesperadamente, el intruso se puso en pie. Lanzando un horrible chillido, echó a correr hacia la puerta.

No se molestó en abrir, sino que cargó contra ella y la hizo

saltar en una explosión de astillas. Luego continuó su frenética carrera a través del jardín, con el rostro cubierto de sangre a consecuencia de las heridas sufridas en el choqué contra la puerta.

Los cuatro ocupantes de la casa se quedaron estupefactos.

—¡Dios mío! —dijo el coronel—. Si no lo hubiese visto…

En aquel instante, se produjo un cambio radical en los acontecimientos.

Un aeromóvil se disponía a tomar tierra en las inmediaciones y bajaba con una trayectoria oblicua, aunque a pequeña velocidad. De pronto, su conductor vio al hombre que corría enloquecido, con la cara horriblemente destrozada, y se sobresaltó.

Por un instante, perdió el dominio del vehículo y se precipitó al suelo, chocando con el borde de la cinta deslizante que pasaba por la calle. La cinta se levantó un tanto, despegándose de los rodillos que la movían.

El pie derecho del intruso penetró en el hueco. La cinta, sin embargo, continuaba moviéndose y empezó a arrastrarlo en la dirección que seguía. Los alaridos del sujeto estremecieron la atmósfera.

Lenta, pero inexorablemente, la pierna del hombre fue atraída hacia el interior de la cinta y machacada y triturada por los rodillos. Las caderas también fueron arrolladas. Nerea volvió la cabeza, para no contemplar aquel espantoso espectáculo.

De súbito, se produjo un cortocircuito en alguna parte y la cinta empezó a despedir grandes chispas por debajo. El cuerpo del intruso se vio instantáneamente envuelto en fulgurantes llamas azules, que chasqueaban como latigazos. Luego se ennegreció y cesaron todos sus movimientos.

Y la cinta, sin energía, también se paró, en medio del horror de cuantos habían sido espectadores de la escena.

En un tiempo increíblemente corto, la casa de los York quedó rodeada por tropas especiales, armados sus miembros con metralletas electrónicas, capaces de disparar ciento veinte proyectiles por segundo, sin pólvora, por simple repulsión electromagnética. Prácticamente, era sólo el proyectil, sin el cartucho, lo que había en el cargador especial, con capacidad para mil doscientas unidades. Una ráfaga de medio segundo podía partir literalmente en dos a una

persona, por muy robusta que fuese.

Técnicos y expertos cayeron sobre aquel lugar como la plaga de la langosta, aparte de los operarios dedicados a la reparación de la cinta deslizante. Biólogos y anatomistas, con experiencia en razas no terrestres, se encargaron de los restos de aquel desdichado, cuyo nombre terrestre había sido el de Fred Pohner.

—Fred Pohner —dijo el coronel Martin, cuando la agitación se hubo calmado un tanto—. La primera víctima de lo Superiores. Sinceramente, Shatto, ¿crees que se trata de una invasión?

—Me siento inclinado a una respuesta afirmativa —declaró el joven—. Nerea y yo lo escuchamos perfectamente, cuando K'gork creía estar hablando con Za'nnuk. K'gork dijo que los primeros objetivos habían sido alcanzados satisfactoriamente. Habían iniciado ya los primeros contactos de establecimiento, eliminando el riesgo de las radiaciones cromáticas, esto es, los perjuicios que los colores causaban a su cerebro, por mediación del sistema óptico.

—K'gork dijo algo más —terció Nerea—. Literalmente expresó: «Hemos eliminado la cromofobia».

—Horror a los colores —murmuró el profesor Lowett mientras recargaba su vieja pipa—. Shatto, muchacho, usted vio al Superior entrar en el cuerpo de Pohner. ¿Qué fue exactamente, lo que sucedió?

—Bueno, pareció una cosa fantasmal. El Superior se acercó a Pohner por detrás, se le acercó y… Es difícil de explicar. Fue algo muy parecido a lo que sucedería si usted recortase dos siluetas de personas, más o menos parecidas, y, situándolas ante un foco de luz, fuese acercándolas gradualmente de modo que las sombras también se acercasen. Teniéndolas en ambas manos, las dos figuras permanecerían se paradas, pero sus sombras en la pared se habrían fundido en una sola.

—En este caso, la fusión, sin embargo, fue total —dijo Martin pensativamente. Miró a Lowett—. Profesor, nos encontramos ante un caso muy difícil. ¿Qué opina usted? ¿Se puede hacer algo?

Lowett meneó la cabeza.

—Parece ser que los Superiores, por los medios que sean, han conseguido eliminar los efectos nocivos de los colores en sus retinas. Pero, sin embargo, siguen siendo muy sensibles a la luz. A Za'nnuk, por lo que he oído, le mataron los colores de Rydhamol. El que vino buscando a York, los toleraba perfectamente, aunque se sintió

terriblemente herido cuando los fogonazos del *flash* incidieron en su visión.

—Sí, podría ser un arma muy eficaz para combatirlos —admitió Martin.

—Con una objeción —-dijo York—. ¿Cómo saber si el hombre que se cruza con nosotros no ha sido penetrado por un Superior?

Martin lanzó un juramento en voz baja.

—Sí, es todo un problema —convino—. Hay una solución, pero parcial: investigar en lo sucesivo las astronaves que lleguen a la Tierra, sobre todo si durante dos horas han guardado silencio de radio. Sin embargo, tenemos ya veinte mil intrusos, metidos en otros tantos cuerpos terrestres y... ¿qué diablos quieren?

—Si pudiéramos dialogar con uno de ellos, tal vez llegásemos a enterarnos de sus propósitos —dijo Lowett.

—Parece ser que olvidan algo muy importante —manifestó Nerea—. El que ocupó el cuerpo de Pohner, venía a matar a mi marido. Quizá también a mí. Primero, no desistirán de ese propósito. Segundo, ¿cómo nos localizaron con tanta rapidez? Desde el momento de la «ocupación» del cuerpo de Pohner por el extraterrestre, hasta que apareció en nuestra casa, habían pasado apenas tres horas.

Lowett señaló la caja que había perdido el intruso, en su precipitada huida.

—Es un perfeccionadísimo detector de ondas cerebrales —dijo—. Durante la permanencia de ustedes dos en la nave de Za'nnuk, éste tuvo tiempo de tomarles sus respectivos electroencefalogramas. Como las huellas dactilares, ningún ser humano posee el mismo E.E.G., basado, como saben, en el distinto potencial eléctrico del cerebro humano. Hoy día se construyen detectores aparatos capaces de detectar diferencias de potencial inferiores a la billonésima de voltio.

—En la Tierra somos actualmente unos veinte mil millones de seres humanos —dijo York preocupadamente—. Ese aparatito podría detectar los potenciales de dos billones de cerebros diferentes.

—Dos millones de millones —puntualizó el coronel—. Por tanto, te localizaron sin dificultad y querían...

Cogió el lápiz doblado que había traído el intruso y lo encaró a la pared.

—Iba a matarte. ¿Cómo?

Casi maquinalmente, hizo una ligera presión con espulgar en la rama más corta, que servía como empuñadura. Un rayo de luz oscura, como un trazo de tinta marrón, brotó del otro extremo del aparato, llegó a la pared y abrió un boquete de sesenta centímetros de diámetro

Martin se espantó.

—Demonios, desintegra la materia, como si fuese azúcar en un océano.

Algunos de los soldados que se encontraban en el exterior miraron aprensivos hacia el agujero. Martin hizo señas de que se tranquilizasen y se volvió hacia el joven.

—Shatto, pagaremos los desperfectos —-dijo—. Y ahora, atiéndeme; mientras nuestros científicos estudian la mejor forma de combatir a esos monstruos con pinta de *mantis religiosa* tú y Nerea iréis a parar a un sitio donde no puedan encontraros jamás. ¿Entendido?

—Si no hay otro remedio...

—Es orden del gobierno —contestó Martin, tajante. Y, en aquel momento, se asomó un oficial—. ¿Qué hay, teniente?

—Señor, hemos ido al lugar donde el señor York vio el aeromóvil de carga y ya no estaba allí. Sin duda, se lo llevaron...

—Tiene su descripción y el nombre de la empresa que figuraba en los costados. Además, la matrícula es detectable aunque se altere visualmente. Transmita estos datos a todas las unidades de vigilancia y haga que lo busquen a toda costa. ¡Vamos, teniente, muévase!

El oficial echó a correr. Martin parecía haberse convertido en un torbellino.

—Shatto, Nerea, hay que liar el petate —ordenó bruscamente —. Ya hemos elegido el escondite y queremos que estéis allí antes de que llegue el nuevo día.

York se volvió hacia la joven.

—Supongo que no tenemos otro remedio que obedecer —sonrió.

Nerea alargó su mano hacia la del joven.

—Dondequiera que sea y sean cuales fueren los peligros que nos amenacen, estaremos juntos siempre —dijo.

CAPÍTULO III

El lugar elegido estaba situado en un risco elevadísimo, en una especie de cueva, protegido por una marquesina natural de roca, y disponía de todas las comodidades. Tenía una gran terraza, desde la que se divisaba un esplendoroso panorama y, a unos doscientos metros más abajo, corría un río de abundante caudal, que, visto desde la altura, parecía una cinta de plata de irregulares contornos.

En la casa no faltaba de nada. Martin, al dejarlos allí, había dicho que era el lugar secreto de recreo del propio presidente de la Tierra. Podían comunicarse con cualquier parte del mundo y no les faltaban elementos de distracción.

Sin embargo, cada vez que salían, iban acompañados por una guardia de soldados, serios y ceñudos, que vigilaban constantemente las inmediaciones de los lugares donde se movían. En la pared más alta, había sido instalado un puesto antiaéreo, guardado día y noche, y cuyo comandante tenía orden de derribar a cualquier aeromóvil que no hiciese las señales previamente acordadas. La contraseña se cambiaba cada doce horas y siempre era distinta.

Las primeras semanas, transcurrieron con cierta tranquilidad. Luego, el hastío y la misma tensión de hallarse en una situación que no parecía tener término, empezaron a hacer mella en el ánimo de York.

—Me gustaría salir por ahí, a luchar...

Nerea puso una mano en su brazo y le miró dulcemente.

—Ten paciencia —suplicó—. Esto no puede durar indefinidamente. Un día, acabará el problema y volveremos a vivir sin temor. Y —sonrió—, regresaremos también a Rydhamol. Es decir, si te agrada la perspectiva.

York la abrazó con infinita ternura.

—Era una vida maravillosa, aunque a veces me encontraba solo —contestó.

—Ya no estarás solo en esta vida —dijo ella ardorosamente.

Nick Martin llegó al día siguiente. York, complacido, observó la primera estrella de general en sus hombreras.

—Mi enhorabuena, Nick —dijo—. Por fin, reconocen tus méritos.

—Sí, pero esto retrasa mi retiro en otros dos años —gruñó el flamante general—. Tendría que hacer algo equivocado, para que me diesen el pasaporte ellos mismos. Así me iría a Rydhamol con mi esposa…

—Ah, te gustaría vivir allí.

—No lo dudes. Todavía me conservo fuerte para ese género de vida tan primitivo. Pero si lo hago bien, dentro de dos años, seré ya general de división o tal vez teniente general, y mi retiro se habrá alejado otro tanto… En fin, es mi problema —sonrió de mala gana—. Hay otros más urgentes y de peor solución.

—Aún no habéis podido localizar a ningún Superior —exclamó York.

—Todo lo contrario: localizamos nada menos que a quinientos veintisiete, es decir, los pasajeros y los tripulantes de la astronave *Amphitrite*. Fue horrible, tuvimos que matarlos a todos.

York se quedó estupefacto.

—No hablarás en serio, Nick.

—Completamente en serio. Apenas se dieron cuenta de que les habíamos descubierto, sacaron esos malditos lápices desintegrantes y empezaron a disparar contra nuestras tropas. Murieron casi ochocientos soldados y oficiales, más todos los que venían en la *Amphitrite*. Aunque los cegábamos con continuos fogonazos, de lámparas muchísimo más potentes que tu *flash*, ellos disparaban a ciegas y se defendieron hasta que el último fue exterminado.

—No hemos oído noticias de la matanza —declaró Nerea.

—Hemos tendido un espeso velo de censura sobre lo ocurrido. A los testigos, se les ha ordenado callar oficialmente. Si la cosa se divulgara, se produciría un pánico general y queremos evitarlo.

—¿Qué hacen los científicos, Nick? —exclamó el joven—. ¿Aún no han dado con el remedio para esas «ocupaciones» de cuerpos de terrestres?

—No, no saben cómo solucionar el problema. Ni siquiera Lowett, el más experto de todos. Están completamente desorientados, aunque sí han llegado a una conclusión.

—¿Cuál, por favor?

—Una vez que una persona es «ocupada» por un Superior… Bueno, la ocupación es definitiva. El terrestre ni se entera de lo que le sucede y actúa como quiere el ser que se ha fundido con él. Lo cual significa que la única forma de matar al Superior es matar también a un inocente, que no tiene la culpa de lo que está sucediendo.

Nerea sintió un escalofrío.

—Horrible —murmuró.

—Terrorífico —convino Martin—, Siento que las noticias que traigo no sean buenas, pero, por desgracia, pasará mucho tiempo antes de que podamos sentirnos tranquilos. Shatto, ¿necesitáis algo?

—Tenemos de todo, excepto una cosa: paz —contestó York.

—Tratamos de conseguirla, para todos, pero va a resultar muy difícil conseguirla —Martin se puso en pie—. Volveré otro día.

York acompañó a su amigo hasta la explanada donde estacionaban los aeromóviles.

—Empezamos a sentirnos nerviosos, Nick —se quejó.

—Debes tener paciencia, Shatto. No hay otra solución.

Martin estrechó la mano del joven y subió al aparato, que despegó de inmediato. Luego, muy pensativo, regresó junto a Nerea.

—El tiempo se nos hace interminable, pero un día nos parecerá que todo fue una pesadilla y acabaremos por olvidarlo todo —dijo.

Nerea asintió brevemente.

—Así será, querido —repuso.

* * *

Una semana más tarde, el comandante de la guardia especial llamó a la puerta de la casa donde se alojaban los dos jóvenes. York

abrió de inmediato.

—Buenos días, capitán —saludó cortésmente—. ¿Sucede algo?

—Acaban de llamarme por radio, señor. El coronel Wesley, ayudante del general Martin, viene a verles personalmente. Trae un mensaje del general, señor.

—¿Han comprobado la contraseña, capitán?

—Desde luego, señor. Además, conozco personalmente al coronel Wesley...

—La contraseña, sí vale, pero no el conocimiento personal, capitán.

El oficial, un hombre joven y bien dispuesto, enrojeció.

—Lo sé, señor. Fue sólo un comentario...

York dulcificó su gesto.

—Está bien. Acompañe al coronel Wesley en cuanto aterrice. Mi esposa y yo tendremos mucho gusto en recibirle.

—Gracias, señor.

El comandante de la guardia volvió cinco minutos más tarde, acompañado por un oficial de aspecto imponente, que saludó a York con evidentes muestras de respeto.

—El general Martin le envía sus mejores deseos, señor —dijo Wesley, a la vez que tendía un sobre al joven—. Me ha dado este mensaje para usted, encargándome se lo entregue en propia mano.

—Gracias, coronel —contestó York—. Mi esposa saldrá en seguida, está terminando de arreglarse. Ya sabe, las mujeres...

Wesley sonrió.

—No cambian con las épocas en algunos aspectos, señor

York señaló un diván.

—Por favor, siéntese. Quiero leer el mensaje junto a mi esposa. En seguida le traeremos café o lo que prefiera

—Café, gracias, señor.

El joven pasó a las habitaciones interiores. Nerea estaba ante el

tocador, arreglándose el pelo.

—Cariño, ¿quién ha venido? —preguntó.

York se situó tras ella y la besó suavemente en el cuello.

—Nick me envía una carta. No he querido abrirla a solas —dijo.

—Tienes razón —convino Nerea—; Los malos tragos, pasarlos juntos. ¿No se dice así en la Tierra?

—Se dice «cuanto antes» —rió el joven—. Pero es lo mismo...

De pronto, se interrumpió.

Sin darse cuenta de ello, había dejado abierta la puerta del dormitorio. A través del espejo, podía ver buena parte del salón, en donde había dejado al ayudante de su amigo.

En aquel momento, Wesley estaba poniéndose algo delante de los ojos. Estupefacto, York se dio cuenta de que el extraño objeto eran unas gafas de soldador.

Un relámpago de luz chasqueó en su mente. ¡Wesley había sido «ocupado»!

Trató de dominarse, para no alarmar a la joven. Con naturalidad, cerró la puerta del dormitorio y dijo:

—Se ve desde la sala... —bajó la voz bruscamente—. Vamos, sígueme, rápido —añadió.

Agarró la mano de la joven y tiró de ella, metiéndose en el acto en el cuarto de baño. York abrió la ventana, que daba al exterior, saltó fuera y la ayudó a salir de la casa.

—Wesley está «ocupado» —anunció.

—¿Cómo lo sabes? —se asombró Nerea.

—Silencio... Aguarda aquí un momento.

York llegó a la esquina de la casa. El jefe de la guardia esperaba fuera, junto a la puerta. Corrió hacia él y le hizo señas de que guardara silencio. Luego, por el mismo procedimiento, le pidió su pistola.

El oficial, desconcertado, obedeció. La pistola, más pequeña

que la metralleta, podía disparar medio centenar de balas por el mismo sistema. Pero tenía el peso suficiente para el fin a que la destinaba el joven.

Lentamente, sin hacer el menor ruido, York se acercó a la puerta y la abrió. Wesley estaba de espaldas, aguardando a que salieran del dormitorio. En su mano derecha tenía un lápiz destructor.

York tomó impulso y lanzó la pistola con todas sus fuerzas. Wesley, alcanzado de lleno en el cráneo, se derrumbó inmediatamente.

—Pero, ¿qué ha hecho, señor? —exclamó el oficial—. Es el ayudante del general...

—Ha sido «ocupado» por un Superior —contestó York ceñudamente.

Entró en la casa, se apoderó del lápiz y dio la vuelta al cuerpo inconsciente del coronel Wesley.

—¿Se imagina para qué quería estas gafas de soldador?

El oficial lanzó una exclamación de horror. York se acercó al videófono y pidió comunicación inmediata con el general Martin.

—Nick —dijo cuándo el rostro de su amigo apareció en la pantalla—, ven aquí inmediatamente. Tu ayudante está infiltrado por un Superior.

Martin saltó en su asiento.

—No es posible...

York enfocó el videófono hacia el rostro del hombre caído en el suelo.

—Parece ser que las gafas de soldador solucionan sus problemas de fotofobia —dijo con sardónico acento.

Cortó la comunicación y volvió los ojos hacia el caído.

—No es posible que la «ocupación» sea definitiva —murmuró —. Debe de haber un medio para conseguir que el Superior salga del cuerpo en que se encuentra, pero, ¿cuál es ese medio?

La pregunta, por el momento, no tenía respuesta. Si el profesor Lowett, una autoridad en el terreno de la biología extraterrestre, no había hallado aún ninguna solución, ¿cómo lo iba a conseguir él, un

ex burócrata actualmente sin empleo?

* * *

Martin llegó con una fuerte escolta y se llevó a Wesley, todavía inconsciente, debidamente amarrado.

—No sé cuándo pudieron infiltrarse en su cuerpo —gruñó—. Pero eso indica que todos estamos expuestos...

—Ahora tienes un cuerpo vivo —dijo York—. Los científicos podrán estudiarlo en condiciones infinitamente mejores a las conseguidas hasta ahora.

—Encontraremos la respuesta —aseguró Martin ceñudamente —. Demonios, si ni siquiera aquí estáis a salvo, ¿dónde lo estaréis, entonces?

Martin se marchó. York meditó sobre las últimas palabras de su amigo.

Nerea se había repuesto ya de la impresión sufrida. A pesar de todo, continuaba sintiéndose aprensiva.

—A veces pienso que esto no va a acabar nunca... —se lamentó.

Sentados en el diván, York pasó un brazo por sus hombros. Ella se refugió en su pecho.

—Martin ha dicho algo que me ha hecho pensar bastante —murmuró el joven—. Ni siquiera aquí estamos seguros, ni aun con la guardia que nos vigila día y noche. Tendríamos que buscar otro escondite.

—¿Se lo dirás al general?

York hizo un gesto negativo.

—En absoluto. No quiero que lo sepa él, a pesar de que es el único en quien confío.

—Pero será difícil...

—No tanto como imaginas, cariño. Escucha, hay una ciudad a

treinta kilómetros de distancia. Mañana bajaré acompañado de uno de los oficiales de la guardia, para, en apariencia, comprar algunas ropas. También compraré pelucas, tinte para la piel. Tú te convertirás en una despampanante rubia, muy tostada por el sol, y yo tendré el pelo negro. Nadie nos reconocerá, sobre todo, si me pongo un bigote postizo.

—Bien, pero luego falta salir de aquí…

—Los centinelas tienen la costumbre de fiar demasiado en sus detectores. Esperan ser atacados por agentes externos, pero no sospechan que el ataque puede provenir de alguien que ya está dentro, como nosotros.

Nerea sonrió.

—Creo que te comprendo. Lo haremos a 1a madrugada, nos apoderaremos de un aeromóvil y…

—Y en la capital, con ocho millones de habitantes, ¡que nos echen un galgo! —dijo York, muy complacido por la idea que se le había ocurrido.

CAPÍTULO IV

A fin de evitar llamar la atención, York sugirió a su acompañante que vistiera ropas de paisano. Había abundante repuesto en el ropero de la casa y el teniente Green se cambió en pocos minutos, aunque sí puso una pistola electrónica bajo su cazadora.

York besó a la joven antes de subir al aeromóvil.

—Vendré antes del almuerzo —se despidió.

Momentos después, el aparato levantaba el vuelo, pilotado por el propio York. El joven pensó en la nave de Za'nnuk, de tan fácil manejo, aunque fuese necesario emplear diez dedos. «Ellos lo tienen bien, pueden pilotar con una sola mano», pensó malhumoradamente.

Poco más tarde, empezaron a recorrer tiendas. York fingió ser muy exigente con su indumentaria. Después de un par de consultas en distintos comercios, sugirió a su acompañante reconfortarse con una copa.

Green accedió.

Volvieron de tiendas. Luego tomaron otra copa.

A las once de la mañana, Green empezó a vacilar. York fingió no darse cuenta de su estado.

Media hora más tarde, Green se derrumbó bajo una mesa. El dueño del bar le miró reprobadoramente.

—Tan temprano —refunfuñó.

York sonrió. Sacó un par de billetes y los puso en la mano del sujeto.

—Voy a pedirle un favor. Haga que mi amigo descanse en uno de sus reservados. Yo tengo algo urgente que hacer y no puedo entretenerme. Volveré antes de una hora, ¿eh?

—Bueno, siendo así…

—Es un chico muy tranquilo y apacible. No le creará

problemas, se lo aseguro.

—Está bien.

York abandonó el bar. Cuando Green se recobrase, no sabría que había comprado pelucas, un bigote postizo y tintes para la piel, además de unas ropas de aspecto muy corriente.

Además, ya había elegido el sitio donde iban a esconderse. Sí, en la gran ciudad, y pese a los detectores de E.E.G., a los Superiores les resultaría poco menos que imposible localizarles entre tantos millones de cerebros en actividad. Y mientras tanto, Lowett y su equipo habrían encontrado el remedio para aquella siniestra enfermedad.

Cuando terminó, llamó a Nerea desde una cabina pública.

—Me retrasaré un poco, pero no temas; no ocurre nada. Ya te lo contaré a la vuelta.

—Ten mucho cuidado —rogó ella, aprensivamente.

—No te preocupes, cariño.

Regresó al bar donde había dejado al teniente Green. El oficial continuaba en el reservado, todavía «empapado» como una sopa. York sonrió, aunque se preguntó cómo haría para evitar que el muchacho cayera bajo las iras del comandante de la guardia, por haberse embriagado estando de servicio.

Le daría café en abundancia, se dijo.

Volvió al mostrador. El dueño le atendió con afabilidad, ya que todavía se acordaba de la suculenta propina recibida un par de horas antes.

—Dígame, señor.

—Mi amigo sigue todavía digamos mareado. Necesito una jarra de buen café, para ver si le ayudo a despabilarse un poco —solicitó el joven con una sonrisa.

El dueño sonrió.

—Eso está hecho, caballero —y alargó la mano izquierda hacia el nuevo billete que le entregaba York.

Las retinas de York captaron un vivísimo relámpago, que se produjo cuando el hombre alargó la mano hacia el billete.

—¡Caramba, amigo! —exclamó, sin poder contenerse—, ¡Vaya «pedrusco»!

El dueño del bar sonrió, halagado.

—¿Verdad que es hermoso? —dijo—. Me lo trajo mi cuñado, que es tripulante de astronave, cuando hizo un viaje a Owaro, no sé si sabrá, el noveno planeta del sistema de Whendorf IV.

—Ah, un diamante owariano.

—Sí, señor. Allí van muy baratos y la realidad es que son de una calidad algo inferior a los terrestres, pero no se puede negar que son muy bonitos —el hombre bajó la voz—. Claro que lo pasó de contrabando…

York emitió una sonrisa de complicidad. El dueño se alejó. Entonces, un hombre ocupó el taburete contiguo. Había una camarera ayudante y se acercó al recién llegado.

—¿Señor?

—Un doble de lo bueno —pidió el individuo—. Y otro para el caballero que se sienta a mi lado.

York, sorprendido, se volvió. El desconocido, un hombre de unos treinta años, de aspecto agradable, le miraba sonriendo.

—No tengo el gusto de conocerle, amigo —dijo el joven.

—Claro que sí, Shatto York. Lo que sucede es que yo estaba en un escalón inferior al tuyo.

La camarera trajo los vasos y el desconocido levantó el suyo.

—Salud, Shatto —brindó. Y despachó el licor de un par de tragos—. Sí, soy Chick Fowler y es lógico que no te acuerdes de mí, porque estábamos en departamentos distintos, aunque pertenecíamos al mismo cuerpo. Yo era aspirante primero y tú ya habías alcanzado el grado de Supervisor Cuarto.

—Sí, creo reconocer tu cara —contestó York. No era cierto, pero los datos que facilitaba Fowler sí lo parecían y no quería mostrarse descortés con alguien que había sido un subordinado suyo tiempo atrás—. ¿Continúas en el mismo puesto?

—Por desgracia —suspiró Fowler—. ¡Preciosa, otra copa! —pidió—. Me siento terriblemente infeliz. Apenas acabo de ascender al

mismo grado que el tuyo… Esa vida de burocracia es un verdadero infierno, créeme.

—No me cabe la menor duda, Chick.

Fowler despachó la mitad del vaso.

—Tú no piensas volver por allí —dijo.

—Ni en sueños —rió York.

Y, de pronto, se puso rígido.

Fowler aseguraba conocerle, porque habían trabajado juntos en el mismo ministerio de Control de Materias Primas. Pero ello había ocurrido hacía treinta años.

Fowler aparentaba su misma edad actual. Tenía que ofrecer una apariencia como la del coronel Martin, con treinta años más a la espalda. No, aunque hubiese existido realmente un Chick Fowler en las mismas oficinas, aquél no podía ser.

Era una trampa. El supuesto Fowler era un «invadido» por los Superiores. Za’nnuk había dicho bien: durante su sueño, les habían extraído todos los conocimientos. Tal vez en su subconsciente existía el recuerdo de un Chick Fowler, y lo habían aprovechado, para permitirle acercarse a él, sin despertar sospechas.

Za’nnuk estaba muerto, pero no cabía duda de que K’gork había sabido aprovechar sus trabajos. En alguna parte de la gigantesca nave nodriza habría algo semejante a unos archivos y…

Chick Fowler era la consecuencia de aquellas operaciones realizadas por Za’nnuk y aprovechadas después por K’gork.

Miró a Fowler. En los ojos del hombre brillaba ahora una chispa demoníaca. ¿Llevaba escondido un lápiz desintegrador?, se preguntó.

En aquel instante, llegó el dueño del bar con una jarra llena de café.

—Para su amigo —sonrió.

El hombre llevaba la jarra en la mano derecha. Al dejarla sobre el mostrador, alargó la izquierda para coger un vaso de la estantería situada a sus espaldas. Luego hizo medio giro con el cuerpo. El vaso pasó a un par de palmos de la cara de Fowler.

Repentinamente, se oyó un chillido espantoso.

Fowler aulló como un animal herido, a la vez que se llevaba las manos a los ojos. Quiso ponerse en pie, pero estaba sobre un taburete y lo hizo mal, perdiendo el equilibrio.

Cayó de espaldas. El dueño se sentía atónito.

—¿Qué le pasa a ese hombre? —exclamó.

York sintió la irresistible tentación de echar a correr, para escapar al acoso de los Superiores, materializado de momento en Fowler, pero la curiosidad pudo más y se quedó allí, viendo a Fowler que se retorcía espantosamente en el suelo, como acometido por insufribles dolores.

El dueño se alarmó. Salió del mostrador y se acercó al caído, alargando la mano para ayudarle, Fowler lanzó otro estridente alarido. Algunos de los clientes, aterrados, escaparon a toda velocidad.

York se sentía aprensivo. Quizá Fowler podía reaccionar de alguna forma imprevista y si estaba armado…

Repentinamente se produjo un horrible fenómeno.

Fowler dejó de moverse. Algo salió de su cuerpo, una cosa de color amarillo y de miembros largos y delgados. Parecía como si todos los poros de la piel de Fowler exudasen aquella espantosa forma, harto conocida por York.

Continuos estremecimientos, en forma de rapidísimas ondulaciones, recorrían toda la amarillenta epidermis del ser que había nacido en Ak'ton. Al cabo de un largo minuto, terminó de salir del cuerpo de Fowler y, poniéndose en pie de un salto, echó a correr como si lo persiguiera el diablo.

La puerta vidriera del local estaba cerrada, pero él la atravesó con la mayor facilidad y tan rápidamente, que casi quedó dibujada su silueta en los vidrios que no habían saltado al impacto. Luego, en contados segundos, y siempre sin dejar de correr a toda velocidad, el ak’toniano desapareció de la vista de todos los presentes.

Entonces, York supo que había algo, un procedimiento infalible para obligar a los ak’tonianos a abandonar los cuerpos terrestres ocupados. Pero, ¿qué era?

Empezó a pensar en el regreso a la casa. Tenía ganas de comentar el suceso con Nerea. Y también con el general Martin, pero

cuando ya estuvieran escondidos en la gran ciudad.

En aquellos momentos, el general Martin estrechaba la mano de Nerea.

* * *

—Veo que Shatto no está —dijo Martin.

—Ha salido a hacer unas compras. Le acompaña el teniente Green. Volverá pronto —respondió la muchacha.

—Ah, bueno, no importa demasiado. Ya se reunirá con nosotros.

Nerea se sorprendió de aquellas palabras, pese al tono despreocupado con que habían sido pronunciadas.

—¿Qué sucede, general? —preguntó.

—Verá, señora York… Bueno, el caso es que el presidente mundial da una recepción oficial y me ha encargado que asistan ustedes dos.

—¿Nosotros? —se asombró la joven—. No somos personajes de importancia…

Martin sonrió maliciosamente.

—Usted sí lo es, señora York. Si no me equivoco, era Veykond de Hosphex.

—Bueno, pero dimití…

—Sin embargo, conserva el rango de jefe de Estado planetario dimisionario. Ha sido jefe de Estado y ésa es una posición que se conserva siempre, máxime cuando no dejó el puesto por motivos deshonrosos, sino por propia decisión y sin presiones ajenas.

—Eso sí es cierto —convino ella—. ¿Es la razón por la que nos invita su Excelencia?

—Exactamente, señora York. Además, es preciso tener en cuenta que también asistirá el embajador de Hosphex y el presidente desea darle una agradable sorpresa.

—Las relaciones que tuve con mi gobierno no fueron nunca demasiado cordiales —alegó Nerea.

—Hay ciertas tensiones que se disimulan con la diplomacia. El embajador se sentirá muy honrado de presentarle sus respetos.

—Muy bien. Pero aguardaremos a Shatto.

—Oh, lo siento, tenemos algo de prisa.

—¿Por qué, general?

—La esposa del presidente conoce sus problemas, lógicamente, y quiere ayudarla a elegir el vestido que llevará usted en la recepción. No quisiera ofenderla, pero usted, señora York, no me parece demasiado impuesta en las modas terrestres, por lo menos, en lo que siempre se ha llamado alta costura.

Nerea, halagada, sonrió.

—Eso sí es cierto —admitió.

—Pues entonces, no perdamos más tiempo. Mientras usted se cambia de ropa, yo redactaré una nota para Shatto, a fin de que se reúna con nosotros. Puede utilizar uno de los aeromóviles de suministros para la guardia.

—Perfectamente, general.

Quince minutos más tarde, Nerea y el general partían en el aeromóvil que pilotaba el propio Martin. Encima de la consola que había cerca de la entrada, se veía un sobre blanco.

Media hora más tarde, llegó York y vio el sobre. En aquellos momentos, Nerea acababa de darse cuenta del engaño de que había sido objeto.

El general Martin también había sido «invadido» y un ser de Ak'ton ocupaba ahora su cuerpo.

En el interior del sobre había una carta. York la leyó, sintiendo que su furia crecía a cada palabra que penetraba en su mente:

> *«Tu pareja está con nosotros. Ahí tienes el itinerario que debes seguir para reunirte con ella, antes de veinticuatro horas, si quieres volver a verla con vida.*
>
> *»K'gork.»*

CAPÍTULO V

El profesor Lowett sonrió al ver al hombre que se le acercaba.

—Hola, Shatto —dijo—. Ya era hora de que volviésemos a vernos. ¿De dónde sale usted?

—Psé… He estado por ahí… —contestó York, con fingida displicencia—. ¿Cómo van sus trabajos, profesor?

Lowett suspiró melancólicamente.

—Apenas hemos adelantado nada —dijo—. Sólo sabemos una cosa: la fusión, porque, hablando literalmente, así se puede denominar, la fusión, repito, del ak’toniano con el terrestre, se efectúa de una manera absoluta, aunque con la desventaja para el terrestre de que su cerebro queda anulado en lo que se refiere a independencia de pensamiento y, por tanto, de voluntad en las acciones que requieren claridad de juicio y facilidad de discernimiento. El terrestre «ocupado» hará todo lo que desee su ocupante, aunque éste, lógicamente, ha de permitir que su víctima atienda a sus necesidades habituales. Si el terrestre «ocupado» no se alimentase, por ejemplo, el ak’toniano acabaría viviendo en un cadáver.

—Y moriría también —dijo York.

—No, pero no podría seguir oculto —Lowett se apoyó en una mesa de laboratorio y empezó a cargar su pipa—. Es un fenómeno maravilloso, pese a lo detestable que nos parece. Las moléculas y los átomos de cada cuerpo se mezclan de una forma total, de tal modo, que la unión resulta perfecta y el volumen y el peso del cuerpo afectado no quedan influidos en absoluto por tal ocupación. Sólo la mente pasa a poder del ak’toniano y ello únicamente para casos relacionados con los propósitos que les han traído a la Tierra.

—Es decir, para la invasión.

Lowett hizo un gesto de aquiescencia y se puso a encender la pipa. Expulsó unas nubes de humo y continuó:

—Hemos ensayado todos los procedimientos para conseguir que el ak’toniano salga del cuerpo «ocupado», pero, a decir verdad,

hasta ahora no hemos conseguido el menor éxito. Sinceramente, creo que el terrestre que ha sido penetrado por un ak'toniano, morirá con este ser en su inferior.

—Por tanto, según usted, el ak'toniano que se decide a ocupar un cuerpo terrestre, sabe que ya no podrá abandonarlo jamás.

—Eso es lo que pensamos, muchacho. Y a la vista de las pruebas, creo que no puede ser de otro modo.

—Profesor —dijo York lentamente—, ¿qué me contestaría usted si yo le dijese que están equivocados en ese punto y que un ak'toniano puede salirse y abandonar el cuerpo que ha ocupado?

Lowett se enderezó y mordió con fuerza el cañón de su pipa.

—¿Habla en serio, muchacho?

York asintió con lentos movimientos de cabeza.

—Lo he visto. Personalmente, profesor; nadie me lo ha contado —respondió.

Lowett permaneció unos momentos inmóvil. Luego, de pronto, agarró al joven por un brazo y tiró de él con gesto lleno de vehemencia.

—Shatto, vamos a mi despacho. Allí podremos hablar sin temor a ser interrumpidos.

* * *

El profesor Lowett destapó una botella, llenó dos vasos y entregó uno a su visitante.

—De modo que Fowler empezó a chillar de repente, cayó al suelo y luego el ak'toniano salió de su cuerpo.

—Así sucedió —contestó York.

—¿Qué le pasó después a Fowler?

—Vino una ambulancia y se lo llevó al hospital. Antes de entrar aquí, llamé por videófono. Me han dicho que se recupera satisfactoriamente.

—O sea, sobrevivirá.

—Sí, y no le quedarán secuelas de la intrusión, aunque no recuerda nada de lo que ha hecho en los últimos días. Por cierto, es hijo del Chick Fowler que trabajaba en mi departamento.

Lowett conocía a fondo la historia del joven y el desfase de su edad con la actual de la Tierra.

—Sí, eso tuvo que hacer más fácil el abordarle a usted, para trabar relación y... ¿Qué pretendían hacerle, Shatto?

—No lo sé. Tal vez secuestrarme como a mi esposa. O acaso quería matarme allí mismo...

—No; habría podido hacerlo desde el primer momento. Querían secuestrarle, está claro, aunque desconocemos sus razones. Pero volvamos al principio. Fowler entra en el bar, empieza a hablar con usted, toman unas copas y, de pronto, empieza a chillar y cae al suelo presa de fortísimas convulsiones. ¿Qué le produjo ese estado de *shock*?

—No lo sé, profesor. Estoy tan sorprendido como usted. Lo único que puedo decirle es que, una vez fuera del cuerpo de Fowler, salió huyendo a tal velocidad, que su silueta casi quedó marcada en la puerta vidriera que no se molestó en abrir.

—Tuvo que correr mucho, en efecto —sonrió Lowett—. Veamos, ¿qué pudo producirle el que podríamos denominar a partir de ahora *«shock de expulsión»*?

—Tomó unos buenos tragos. ¿El alcohol, profesor?

Lowett hizo un gesto negativo.

—Asimilan sin daño cualquier cosa que pueda tomar un terrestre. Es decir, si un terrestre siente repulsión por... la carne cocida, el ak'toniano no le forzará a comerla. Si le gusta la bebida, permitirá que se emborrache. Si el terrestre enferma y un médico le prescribe medicamentos, el ak'toniano tolerará sin dificultad el tratamiento.

—Entonces, no sé qué puede ser. Su *shock* se produjo de una forma totalmente inesperada, cuando menos cabía suponer que iba a ocurrir tal cosa. Es más, yo ya me había percatado de que Fowler estaba «ocupado» y me disponía a actuar contra él, cuando, de repente, se puso a chillar, y...

—Es terrible —murmuró el científico—. Sabemos que algo le obligó a abandonar el cuerpo terrestre. Existe una forma de expulsarlo del cuerpo invadido, pero resulta preocupante no saber cuál es el procedimiento.

—Profesor, aunque llegásemos a saberlo, tropezaríamos con un inconveniente —dijo York.

—¿Cuál, Shatto?

—Hay lo menos veinte mil seres de Ak'ton establecidos en la Tierra. Seguirían donde están…

—No —contradijo Lowett—. Si descubriésemos el procedimiento, que, a juzgar por lo que has contado, parece infalible, lo divulgaríamos y se verían obligados a salir de los cuerpos en que se han infiltrado. Entonces, pactaríamos con ellos de algún modo.

York sintió repugnancia al oír aquellas frases.

—¿Pactar con quienes pretenden dominarnos? —protestó.

—Hijo, veinte mil invasores no son nada, cuando se conoce la forma de combatirlos. Y ellos, que no son tontos precisamente, se darán cuenta de que les conviene el trato, so pena de caer en un exterminio total. Nos dolería mucho tener que matar a veinte mil terrestres… pero lo haríamos, ante la seguridad del planeta.

—Quizá tenga usted razón —admitió el joven de mala gana—. Pero el caso es que ahora mi mujer ha sido secuestrada y que debo ir a rescatarla.

Lowett guardó silencio. Sí, el joven se encontraba en una difícil situación, pensó.

—¿Piensas seguir el itinerario que te dejó trazado el general? —dijo Lowett, pasados unos momentos.

—Sí, pero a mi manera.

—Es decir, querrás sorprenderlos.

—Exactamente, profesor.

—Lo que más me disgustaría de todo esto es que tuvieras que disparar contra el general. Es un buen amigo y me da mucha pena que haya sido «ocupado».

—Nada menos que por el jefe de los ak'tonianos, K'gork,

profesor.

—Claro, el jefe busca al jefe... —sonrió Lowett—. Pobre Nick, si pudiera darse cuenta de su situación... Shatto, ¿qué produjo en el ak'toniano el *«shock de expulsión»*?

—No lo sé, profesor —respondió el joven cansadamente—. He pensado de continuo en ello y no consigo dar con la solución, especialmente si usted dice que el alcohol no les resulta dañino.

—Estaban en un lugar público, muy bien iluminado.

—Un bar, con grandes vidrieras. Fuera lucía mucho sol. Fowler entró y ni siquiera llevaba lentes de color. Lo cual indica que puede soportar perfectamente cualquier luminosidad ambiental de la Tierra.

—Excepto cuando se produce con súbita intensidad, como los fogonazos que «hirieron» al hombre que vino a matarte a tu propia casa. ¿No había, por casualidad, algún fotógrafo en el bar?

—No, no vi a ningún fotógrafo tirando placas con su *flash*...

York se calló de pronto. Algo acababa de surgir en su mente, el recuerdo de un detalle olvidado hasta aquel instante.

Un fogonazo particularmente intenso... El mismo lo había percibido, cuando el dueño del bar movió la mano izquierda de cierto modo...

—¡Un momento, profesor! —gritó—. ¡Espere, espere, espere...! —repitió con la rapidez de una ametralladora—. Creo que he encontrado la solución...

Lowett le miró esperanzadamente.

—Habla, muchacho —pidió con voz ansiosa.

—Tendría que acompañarme usted y llevar... algo que permita analizar una piedra preciosa, un espectrógrafo o algo por el estilo...

—Creo que le comprendo, Shatto —dijo el profesor—. Aguárdame cinco minutos; voy a buscar algo que puede servirnos para el caso y nos marcharemos en seguida.

York sonrió, porque, al fin, creía haber dado con la solución al enigma que tanto les preocupaba. Y aparte de que ello le permitiría rescatar a Nerea, también debía pensar en su buen amigo el general Martin, quien se sentiría muy contento de volver de nuevo a su

primitiva situación.

* * *

Wences Hopper, dueño del bar, se sintió muy asustado cuando York y el profesor le pidieron el diamante owariano.

—Bueno, ya sé que entró de contrabando, pero no es el único... Si fuese yo solo... A la Tierra llegan diamantes de Owaro casi a diario... —Hopper soltó una risita—. Hombre, tanto como a diario...

—A ver ese diamante —pidió Lowett secamente.

—Wences —dijo el joven—, no tema. No vamos a delatarle. Sus problemas posibles con la ley no nos interesan. Es más, si tuviese alguno, la ayuda que nos va a prestar, serviría para que le dejasen tranquilo.

Hopper se calmó y sacó el anillo del dedo. Lowett lo tomó con unas pinzas y lo examinó durante unos momentos, con la ayuda de una potente lupa. Luego abrió un maletín que había llevado consigo y extrajo unos raros aparatos, que situó sobre la mesa del reservado en donde tenía lugar la escena.

Lowett colocó la piedra, del tamaño de un garbanzo, en un soporte especial, y frente a lo que parecía una pequeña cámara de T.V. El aparato tenía un teclado de veinte teclas y las pulsó rápidamente, mientras observaba las indicaciones en una pantalla no mayor que su mano.

Al cabo de unos minutos, presionó la tecla de desconexión.

—Ya está —dijo.

York le miró anhelan temen te.

—¿Cuál es su virtud, profesor? —dijo.

—El diamante de Owaro cristaliza de una forma peculiar, que no se da en absoluto en la Tierra. La cristalización, a fin de cuentas, no es sino la agrupación de las moléculas en determinadas posiciones, lo que, en el caso del diamante de Owaro, significa que refleja la luz también de una forma especial. Para decirlo en cuatro palabras, él mismo, al reflejar la luz, emite un rayo láser.

York abrió la boca a la vez que movía la cabeza afirmativamente.

—Creo que entiendo —dijo.

—La potencia de ese láser es muy escasa, dado que no dispone de fuente de luz propia, sino que la que emite es reflejada. Esa potencia se refiere únicamente a operaciones que se realizan corrientemente en la Tierra: medicinales o industriales, y cuando el láser es especialmente potente, podría incluso matar a una persona. Sin embargo, su potencia lumínica es muy grande y se concentra en una superficie muy pequeña. Las retinas del ak'toniano resultaron gravísimamente dañadas, hasta el punto de que no pudo resistirlo y se vio obligado a abandonar el cuerpo de Fowler.

—Lo cual quiere decir que a otro ak'toniano le sucederá lo mismo.

—Sí, indefectiblemente —aseguró Lowett—. Ya no hay duda alguna: el diamante owariano es la solución.

Se volvió hacia Hopper.

—Le extenderé un cheque por el valor del diamante, que usted mismo fijará, Wences. Pero lo necesitamos a toda costa. No tenemos tiempo de buscar otro, ¿comprende?

Hopper asintió.

—No hay inconveniente, profesor. Sobre todo, si se trata de evitar una invasión de esos seres tan horribles...

—Los expulsaremos, créame, Wences. Shatto, usted irá... adonde le llama Martin.

York asintió.

—Sin ningún género de dudas, profesor.

—Me gustaría ir con usted, pero no quiero estropear la operación —dijo Lowett—. Shatto, rescate a su esposa y libere a Martin.

—Descuide, eso es lo que voy a hacer —contestó el joven resueltamente.

CAPÍTULO VI

Mientras el aeromóvil volaba con piloto automático, York estudió a fondo el itinerario que le había trazado el ak'toniano que ahora ocupaba el cuerpo del general Martin. Era una ruta que debía seguir inflexiblemente, si no quería causar daños a Nerea.

Pero el joven tenía otros planes. El ak'toniano, ahora tenía la seguridad de que era K'gork, le había concedido veinticuatro horas de plazo para presentarse en el lugar señalado. La cuenta del tiempo había empezado alrededor de mediodía. Todavía no había amanecido y, por tanto, le restaban siete u ocho horas.

Voló raudamente, sabiendo que, en alguna parte, había unos detectores que seguían puntualmente al aparato. Alrededor de las tres de la mañana, disminuyó la velocidad, tal como le habían indicado.

El aparato entró en un profundo desfiladero, de paredes casi verticales. Ahora volaba a menos de sesenta kilómetros por hora y sobre un lago de contornos alargados. El desfiladero se ensanchaba unos mil metros más adelante. Allí había un viejo muro de cemento, que formaba un antiguo embalse, ahora abandonado e inservible. El aprovechamiento de la luz solar para la energía había dejado obsoletos aquellos sistemas energéticos.

York redujo todavía más la velocidad. El hombre que viajaba a su lado no dijo nada. No podía hablar, porque estaba muerto.

Al cabo de un minuto, dejó la velocidad en menos de treinta kilómetros a la hora, a la vez que hacía descender el aparato hasta casi rozar el agua. Entonces, conectó de nuevo el automático y, completamente desnudo, corrió hacia la salida de emergencia de la parte posterior.

Abrió la escotilla y, sin pensárselo dos veces, se dejó caer al agua. Se hundió un par de metros, emergió, con un enérgico talonazo, y contempló el aeromóvil que volaba hacia el borde del embalse.

Súbitamente, un rayo de luz blanca brotó de un edificio situado a la derecha de la presa. El fogonazo alcanzó de lleno al aparato, que se desintegró en el acto, tras una espantosa explosión.

Nadando en la oscuridad, procurando no alterar apenas la tersa superficie de las aguas, York se dirigió hacia la orilla, situada a menos de quinientos metros de distancia.

Allí estaba Nerea, su bien amada. Y también un excelente amigo, que no sabía actuaba por cuenta de una inteligencia ajena, de diabólicas intenciones.

* * *

—No se puede prever todo, en efecto —dijo el general Martin, mientras llenaba sendas tazas de café—. Antes, yo la llamaba a usted por su nombre; ya no usaba el tratamiento de «señora York». Pero claro, si se dio cuenta demasiado tarde, ¿qué importancia tiene?

Entregó una taza de café a la muchacha. Ella la rechazó de un manotazo.

—¡No quiero nada que provenga de usted, maldito asesino! —gritó—. Tendrá que matarme también a mí; no puedo vivir sin Shatto...

Martin se encogió de hombros. El aeromóvil había sido destruido hacía escasamente media hora y ella lo había podido ver a través de una pantalla que había reflejado fielmente las imágenes del suceso.

—Tendrá que acostumbrarse, Nerea —dijo Martin fríamente.

—Le denunciaré...

—No servirá de nada. Además, no podrá hacerlo.

—¿Por qué?

—Estoy aguardando a uno de mis congéneres, que «ocupará» su cuerpo. Será uno más de los nuestros, ¿comprende? —Martin se echó a reír de pronto—. Podemos vivir perfectamente dentro del cuerpo de un hombre o de una mujer. Y, claro, ya no podrá traicionarnos.

—Pero, ¿qué es lo que pretenden ustedes? ¿Por qué penetran en los cuerpos de personas que no les han hecho nada?

Martin frunció el ceño. Nerea se dio cuenta de que no era él

quien gesticulaba de forma tan típicamente terrestre, sino el ser que se hallaba fundido con su cuerpo.

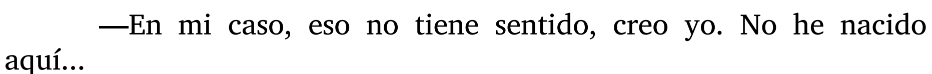
—Ak’ton es un planeta desagradable —contestó—. Simplemente, no nos gusta.

—Cada uno debe vivir en el mundo que le vio nacer, o, si viaja a otro, respetar sus leyes y no dañar a sus habitantes —dijo la muchacha.

—Es cuestión de simple supervivencia. El más fuerte, sobrevive; el débil, o perece o hace lo que le ordena el fuerte.

—Entonces, ustedes pretenden conquistar este planeta.

—No en el sentido estricto de la palabra. Simplemente, queremos vivir aquí. Ahora bien, somos conscientes de que nuestra forma física no es precisamente agradable y, puesto que poseemos ciertas facultades, nos aprovechamos de ellas para, sin perder nuestra identidad, fundirnos en algunos de los habitantes de la Tierra.



—En mi caso, eso no tiene sentido, creo yo. No he nacido aquí...

—Lo sabemos. Eres de Hosphex, pero nosotros actuamos a muy largo plazo. Tal vez un día nos convenga establecernos allí.

—Si antes no muero...

—Nerea, al entrar en el cuerpo de un terrestre, prolongamos su vida por un tiempo no inferior al quíntuplo del normal. Es decir, a partir de ahora, la vida de un habitante la Tierra puede llegar a los seiscientos años. ¿No es una magnífica ventaja?

—Estoy segura de que el general Martin preferiría vivir mucho menos, pero en entera libertad —declaró Nerea.

—Cuestión de opiniones. Hasta ahora, no he «oído» sus protestas —rió el ak’toniano que ocupaba el cuerpo del general.

Y en aquel momento, llamaron a la puerta.

—Prepárate —dijo Martin—. Ya llega el que ha de ocupar tu cuerpo. No temas, no sentirás el menor dolor...

Abrió y se encontró de golpe con Shatto York.

—Hola, K’gork —saludó el joven alegremente.

* * *

Estaba completamente desnudo y aún chorreaba agua por toda su piel. Pero la sonrisa que lucía en su rostro infundió nuevas esperanzas a la muchacha. Nerea quiso gritar de júbilo por saber vivo a su esposo, aunque prefirió callar, para no desviar su atención de los interesantes acontecimientos que iban a producirse sin duda alguna.

Martin retrocedió vivamente, estupefacto al ver que el recién llegado no era el que esperaba. El asombro que sentía como ak'toniano se reflejaba claramente en su semblante de terrestre.

—Tú... No puede ser; destrocé tu aparato...

—Estoy vivo —sonrió York.

—Detecté la presencia de un cuerpo vivo en el aeromóvil. Incluso su E.E.G. fue registrado en mis aparatos...

—El cuerpo detectado era el de un hombre muerto muy recientemente, al que manteníamos caliente por procedimientos muy simples, para dar la sensación de que vivía. En cuanto al E.E.G., una simple emisión de radio, con las características de mi electroencefalograma. En cuanto explotó el aparato, cesaron las señales térmicas que indicaban una vida humana y el E.E.G., que señalaba la actividad cerebral. Sencillo, ¿verdad, K'gork?

—¿Cómo sabes que soy K'gork?

—El cuerpo del general Martin es el más apropiado para dirigir las operaciones de ocupación de cuerpos de terrestres.

—Es cierto. Pero, ¿sabes que tú y yo tenemos una cuenta pendiente?

—¿Por la muerte de Za'nnuk? Fue un acto de legítima defensa. Yo no inicié el ataque ni le tomé prisionero; fue todo al revés, y por tanto, tenía pleno derecho a defenderme.

—Nuestros puntos de vista son distintos...

—Eso no interesa ahora. K'gork, lo mejor será que pactemos. Te traigo la paz, pero a cambio habrás de abandonar el cuerpo de Nick Martin y tus subordinados harán lo mismo. Comprendo que vuestra figura no es precisamente agradable, pero si queréis vivir en la

Tierra... bueno, la gente acaba por acostumbrarse a todo.

—En resumen, me ofreces la paz.

—Exactamente.

Martin se echó a reír.

—Tú, proponiéndome que me rinda... cuando podemos ser vuestros dueños...

—Recuerda, te ofrezco la vida, K'gork.

Nerea presenciaba la escena en silencio, con la respiración contenida, sin atreverse a hacer el menor movimiento.

De pronto, K'gork hizo que el general lanzase una estruendosa carcajada de burla. Luego, Martin hurgó entre sus ropas de uniforme.

—Ofrecerme la vida... La tuya sí que se va a acabar ahora mismo...

Inesperadamente, York alargó la mano izquierda a la vez que lanzaba un potente grito:

—¡K'gork, mira!

Los ojos de Martin fueron instintivamente hacia la mano extendida del joven. Un horrendo chillido brotó de sus labios al sentir sus retinas literalmente perforadas por los reflejos del diamante owariano.

Tambaleándose como un beodo, intentó huir, sin dejar de proferir espeluznantes chillidos. York saltó hacia él, 1o agarró por el pelo, crespo y fuerte todavía, y le echó la cabeza hacia atrás. Ahora sabía que los destellos del diamante eran capaces de atravesar incluso los párpados cerrados de Martin.

Los gritos cesaron un instante. Bruscamente, K'gork inició el abandono del cuerpo en que se hallaba. Cuando estuvo totalmente fuera, Martin se desplomó al suelo.

Enloquecido de furia, K'gork cargó contra el joven. York mantuvo firmemente la mano en alto. K'gork no llegó siquiera a tocarlo.

Extendió sus manos de diez dedos hacia el cuello del joven, pero, de súbito, cayó al suelo. Todavía se agitó con fuertes convulsiones durante unos momentos. Luego se quedó definitivamente

quieto.

Entonces, Nerea se levantó de un salto y corrió a abrazar a su esposo.

—Shatto...

York acarició tiernamente sus cabellos.

—No temas —dijo—. Ya ha pasado todo. Ahora sabemos cómo combatir a los ak'tonianos. Lo divulgaremos ampliamente y les ofreceremos la paz. Tendrán que aceptarlo, y más cuando sepan que su jefe, K'gork, ha muerto. Temerán morir también, y «desocuparán» los cuerpos en que se han fundido...

En aquel momento, Martin despertó y se sentó en el suelo.

—¿Qué ocurre? —gritó. Miró con asombro a su alrededor—. Eh, pero, ¿dónde estoy? ¿Qué diablos hago aquí?

York se echó a reír.

—Tranquilízate, viejo camarada —contestó—. Estás bien y te has librado del ser que ocupaba tu cuerpo y tu mente.

Martin miró atónito la figura amarilla que yacía en el suelo.

—«Eso»... ¿estaba dentro de mí?

—Y era el jefe.

—No me lo puedo creer...

York tendió una mano para ayudarle a ponerse en pie.

—Luego te lo contaré todo, pero ahora basta con que sepas que ya ha cesado la amenaza de Ak'ton.

Martin frunció el entrecejo.

—Shatto, estás completamente desnudo. Ya sé que Nerea es tu esposa, pero... podrías guardar un poco el decoro...

Ella, feliz, se colgó del brazo de su marido.

—A mí no me importa —contestó—. Es el hombre a quien amo, está vivo y eso es todo cuanto necesito saber.

* * *

Algunas semanas más tarde, York y Nerea se dispusieron a subir a la nave que les conduciría a Rydhamol.

Ansiaban regresar a aquel planeta, que habían elegido como lugar donde vivir en lo sucesivo.

La amenaza de Ak'ton, en efecto, había cesado ya. Los ak'tonianos se rindieron con sorprendente facilidad. La mayor parte decidieron regresar a su planeta. Algunos se quedaron, para aprender cosas de la Tierra que les resultaban desconocidas.

Nick Martin y su esposa acompañaron a los dos jóvenes hasta el pie de la astronave.

—No podemos ir con vosotros —dijo Martin melancólicamente.

York sonrió. En las hombreras de su amigo, lucían ya las insignias de general de división.

—Otros dos años más en activo —se lamentó Martin.

—Vamos, vamos, no te quejes; a fin de cuentas, te halaga el ascenso. Pronto tendrás otra estrella más... y antes de cinco años, serás Mariscal de Tierra...

Martin sonrió. Era evidente que la perspectiva no le disgustaba.

—Bueno, aquí tampoco se está tan mal. Pero sí os prometemos una visita dentro de algún tiempo —contestó.

—Seréis bien recibidos —aseguró Nerea.

—A mí me gustaría encontrar a más de dos amigos en Rydhamol —dijo la señora Martin maliciosamente.

—Con toda seguridad, así será —contestó York.

Un altavoz anunció el pronto despegue de la nave. York y Nerea se despidieron de los señores Martin. Lowett, un poco más atrás, agitó la mano para saludarles.

Estrechamente enlazados, ascendieron por la escalera que les conducía al interior de la astronave. Libres de todo temor, se disponían a emprender una nueva vida, reanudándola en el punto donde había sido interrumpida, por una infernal amenaza, felizmente

desaparecida.

FIN





PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.